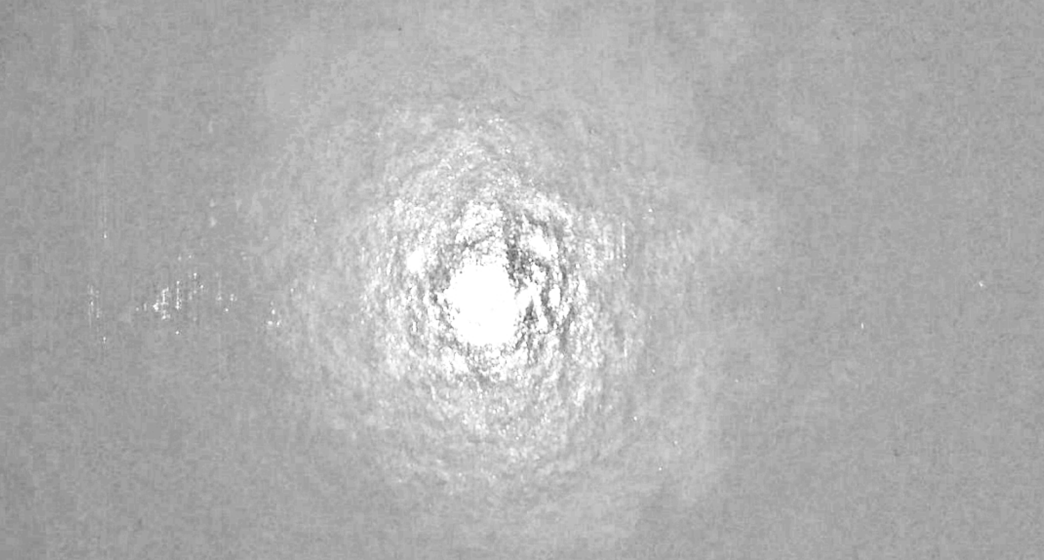
LA MALDICIÓN DE EDIPO



GREDOS

LA MALDICIÓN DE EDIPO

Sentenciado por el oráculo de Delfos a cometer los más atroces crímenes contra su propia sangre, Edipo será abandonado por sus padres y criado como un hijo por los reyes de Corinto. Al conocer la profecía, abandonará para siempre la ciudad, ignorante de su propio origen. En su huida deberá hacer acopio de todo su ingenio para enfrentarse a la terrible esfinge que asola Tebas, ciudad de la que acabará siendo rey. Su decisión desencadenará una serie de fatídicos acontecimientos que pondrán a prueba la capacidad de los mortales para escapar a su propio destino y convertirán al personaje de Edipo en uno de los más célebres mitos de todos los tiempos.



LA MALDICIÓN DE
EDIPO



MITOLOGÍA
GREDOS

Realización: EDITEC
Diseño cubierta: Llorenç Martí
Diseño interior: tactilestudio
Ilustraciones: Javier Rubín Grassa
Fotografías: archivo RBA
Asesoría en mitología clásica: Laura Lucas
Asesoría narrativa y coordinación: Marcos Jaén Sánchez y Sandra Oñate

ISBN (O.C.): 978-84-473-8642-0
ISBN: 978-84-473-8706-9
Depósito legal: B 22258-2016

Impreso en Rodesa

Impreso en España - *Printed in Spain*

Después de hacer perecer a la doncella de corvas garras cantora de enigmas, te alzaste como un baluarte contra la muerte en [...] la próspera Tebas. Y ahora, ¿de quién se puede oír que es más desgraciado?

EDIPO REY, SÓFOCLES

Dramatis personae

Los tebanos

Edipo – príncipe de Tebas, víctima de la maldición.
Layo – rey de Tebas, padre biológico de Edipo.
Yocasta – reina de Tebas, madre biológica y esposa de Edipo.
Creonte – noble, hermano de Yocasta y regente del trono de Tebas.
Eteocles – primogénito de Edipo y Yocasta, que rechaza defender a su padre.
Polinices – hijo segundo de Edipo, disputará con su hermano el trono de Tebas.
Ismene – primera de las hijas de Edipo y Yocasta, permanece a la sombra de sus hermanos varones.
Antígona – hija menor de Edipo y Yocasta, de carácter fuerte y decidido.
Menetes – pastor tebano al que Layo encarga abandonar a Edipo en el bosque.
Alexios – arquero tebano.
Herenio – pastor que salva a Edipo llevándolo a Corinto y entregándolo a Pólibo y Peribea.

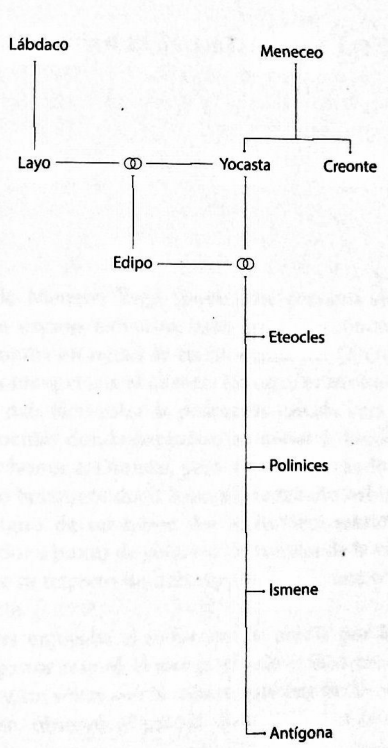
Los corintios

Pólibo – rey de Corinto, padre adoptivo de Edipo.
Peribea – reina de Corinto, esposa de Pólibo, madre adoptiva de Edipo.
Corebo – atleta corintio que compite con Edipo.

Divinidades y monstruos

Pitia – oráculo de Apolo en Delfos.
Esfinge – monstruo alado con cabeza de mujer y cuerpo de león.
Apolo – dios de la luz, patrón del oráculo de Delfos.
Tiresias – adivino ciego dedicado al culto de Apolo.

Genealogía de la familia real de Tebas



1

La profecía del oráculo

Cuando Menetes llegó apoyándose con una sola mano en su cayado, exhausto, hasta aquella recóndita explanada de hierba en mitad de las montañas del Citerón, creyó que jamás recuperaría el aliento. En otras ocasiones le había resultado más fácil subir la pedregosa cañada para alcanzar el prado oculto donde habitaban las musas y donde el vino corría en honor a Dioniso, pero ese día, cargando el cesto en un solo brazo, conducir hasta allí su rebaño había sido un trabajo digno de un héroe. Así se hubiera sentido, como un vencedor a punto de colgarse los laureles de la victoria, si la causa de su trayecto no hubiera conllevado una obligación tan innoble.

Mientras enjugaba el sudor que le corría por la mejilla, el joven pastor respiró el aire profundo y seco propio de la montaña y, sin soltar aún el capazo, que por fin había dejado de agitarse, observó el paisaje dominado por la inmensi-

dad del cielo que se abría entre las rocas calizas. Aquel era el lugar elegido, un paraje inaccesible para la mayoría de los mortales donde, pensaba para consolarse, le sería menos duro llevar a cabo la misión encomendada. Tal vez allí, más cerca de donde habitaban los dioses, alguno se apiadaría de él y lo libraría de aquella carga que, de eso estaba seguro, lo acompañaría de por vida.

Miró su rebaño y se fijó en la oveja a la que hacía apenas unos minutos, en un alto en el camino, había ordeñado para calmar el llanto que aguijoneaba sus oídos. Un corderito de pocos días de vida ocupaba su lugar, indefenso, bajo el vientre hinchado de su madre. Instintivamente, Menetes sujetó con firmeza el capazo, tensando una vez más los músculos del brazo, y oteó el bosque que se abría más allá de la cañada adonde su perro, fiel guardián, se había dirigido para comprobar que no les acechara ningún peligro. No había nada que temer. Aún era pronto. Las fieras atacan de noche.

Pendiendo de su puño, como si una mano maternal y divina la meciera, la cesta que había subido montaña arriba se balanceó con delicadeza. En su interior, el recién nacido emitió un ligero bostezo. Eran apenas tres kilos, como cualquier bebé venido al mundo días antes, pero el peso que aguantaba aquel brazo se acrecentaba poco a poco en la conciencia del pastor hasta hacerse insoportable.

—Cruel futuro nos aguarda a los dos —murmuró mientras posaba con sumo cuidado el capazo sobre la hierba y se sentaba a esperar a la sombra del único árbol que crecía, por designio de los dioses, en medio de aquella explanada.

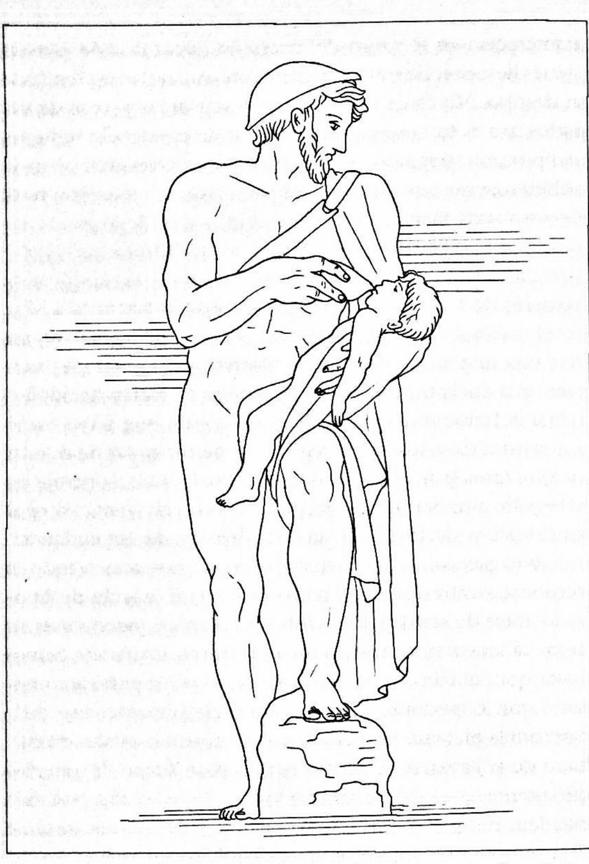
El sol brillaba alto. Consciente de que aún le quedaban unas horas hasta el anochecer, Menetes apartó un poco la

manta para ver el rostro del pequeño que, calmado por un poco de leche, dormía plácidamente sin ser consciente de su destino. No tenía aún nombre, y según los deseos de sus padres jamás lo tendría, pero, a pesar de ese detalle indigno, nadie podía negar que sus pequeñas facciones reflejaban la nobleza de ser hijo de reyes. Abandonarlo allí para que muriera no sería fácil.

◇◇◇

Layo, rey de Tebas, señor de las tierras donde pastoreaba Menetes, había sido tajante: aquel niño, hijo de su sangre, no debía hacerse adulto. Pero ¿qué motivo podía tener un padre para ordenar la muerte de su primogénito recién nacido?

Había transcurrido cierto tiempo desde que Layo tomó por reina a Yocasta, hija de Meneceo, pero, a pesar de quedar ya muy lejos la noche de bodas, meses después, la pareja no había sido aún bendecida con la descendencia. Intrigado por los designios de los dioses que lo alejaban de engendrar un heredero para su reino, Layo ordenó que preparasen todo lo necesario para viajar a Delfos, a consultar al oráculo de Apolo. El trayecto resultó agotador, pero aun así, poco antes de llegar al santuario que resplandecía como una nube blanca a los pies del Parnaso, el rey bajó del carro y pidió a su heraldo que lo esperase allí, en un alto del camino que se abría paso entre el bosque de abetos donde, según estaba escrito, habitaban las musas. Caminó con el paso firme de aquellos que no temen el futuro junto a los manantiales que brotaban entre las rocas como fuentes de vida. Se detuvo un instante para lavarse pies y manos, ya que así lo ordenaban los rituales, y respiró el intenso aroma especiado de los laureles



El pequeño, calmado por un poco de leche, dormía sin ser consciente de su destino.

que crecían en semicírculo, como una corona ceñida en las sienes de Apolo. A pesar de la tranquilidad del murmurio del agua y la sinfonía de cantos de ruiseñor que llegaba hasta sus oídos, no detuvo su andar hasta alcanzar las columnas del templo. Allí, tras la tenue llama que refulgía, eterna, en su pebetero, vislumbró la figura de la vieja sacerdotisa envuelta en un manto blanco, agitado y etéreo, tembloroso ante sus ojos por el efecto óptico de quien mira a través del fuego. Parecía hermosa ante el fulgor y el humo que emergía de pequeñas grietas que, como atajos hacia el abismo, se abrían en el suelo. «No te dejes engañar —se repitió—. No es más que una mujer anciana que los dioses plantan ante los mortales con cuerpo de joven, no permitas que su rostro te distraiga del motivo de tu visita.»

Sin mirarla a los ojos, dejó el saco con la ofrenda sobre una ménsula y se arrodilló frente al ara.

—¡Oh, pitia, voz de Apolo, permite que el dios hable por tu sabia boca y revélame por qué no puedo tener un heredero!

Layo agachó la cabeza en señal de respeto mientras la sacerdotisa sacaba del saco un ave, que emitió un último graznido antes de ser degollada sobre la mesa de piedra. Las vísceras calientes siguieron palpitando bajo la hoja del cuchillo hasta que, tras unos segundos, solo se oyó la respiración de los vivos. Expectante, el rey levantó ligeramente los ojos y observó la piel cuarteada de la vieja que, sin el efecto traicionero de la llama, se arrugaba como un mapa en los pliegues de la sandalia que le ceñía el tobillo. Una gota roja resbalaba con lentitud por su pierna. Cuando la sangre golpeó el suelo, la sacerdotisa habló con una voz salida de las profundidades de la Tierra, sin dejar duda de su naturaleza divina:

—Layo, hijo de Lábdaco, nieto de Polidoro y biznieto de Cadmo, los dioses han sido benévolos contigo al alargar tu vida negándote la paternidad. Una maldición se cierne sobre tu linaje y a pesar de que nada te imposibilita tener descendencia, no deberías tenerla jamás, pues está escrito que morirás a manos de un hijo varón, parido por la desgracia, que será la destrucción de toda tu gente.

Cuando Layo levantó la vista para volver a preguntar, la pitia había desaparecido.

◇◇◇

Yocasta se preguntaba por qué su marido rehusaba sus besos desde el viaje a Delfos. A su regreso del oráculo, durante meses, Layo se había mostrado distante, había ordenado trasladar su cámara hasta la otra ala del palacio y había dispuesto una guardia especial que custodiase su puerta por las noches. ¿A qué se debía tal afrenta para la que hasta entonces había sido su amada esposa? Sin mediar palabra, la había desterrado en su propia corte, como si el simple hecho de verla fuera a acabar con su vida. Así transcurrieron varios meses en los que, a pesar de la distancia que desde entonces separaba sus lechos, Yocasta lo oyó gritar, fustigado por las pesadillas que lo alejaban cada madrugada del dulce abrazo de Morfeo. Sin embargo, la reina no tenía dudas de que aún la amaba, pues todavía veía el fuego crepitando en las pupilas de su marido cada vez que, por descuido de la guardia en las calurosas horas de verano, se cruzaban a medianoche en busca del frescor de la brisa nocturna que corría en el patio, donde los lirios exudaban su melosa fragancia. En una de esas madrugadas de insomnio en las que solían coincidir bajo las estrellas, se

miraron a los ojos y, cada uno desde una esquina del atrio, ordenó a un sirviente que le trajera vino. Brindaron y hablaron en la distancia, que se fue haciendo más cercana a cada copa, hasta que Dioniso terminó por hacer suyos a ambos amantes que, nublados por el deseo, acabaron juntos en el lecho, embriagados el uno del otro. Así, bajo el efluvio del vino, se engendró el hijo y con él, la desgracia.

Pasaron solo unos meses hasta que una tarde, de camino a su cámara, Layo se detuvo en el corredor que comunicaba con el ala sur del palacio. Como si fuera un ser vivo, al otro lado del patio, en la puerta del dormitorio de la reina, una cortina translúcida que ondeaba por capricho de alguna corriente de aire llamó su atención. Se acercó hasta la alcoba, apartó con ligereza la tela y, desde el quicio, descubrió a Yocasta tumbada bocarriba en la cama. Como tantas otras veces en los últimos días, su esposa no había bajado a comer, pues se encontraba indispuesta, y el rey empezaba a sentirse preocupado. Layo la observó bajo la tenue luz que penetraba a través de los tablones de madera que los sirvientes colocaban en las ventanas a la hora de la siesta para mantener alejado el calor. Se fijó en sus facciones, cinceladas por un rayo de sol que iluminaba su perfil desde atrás, haciendo que solo se percibiera su silueta. La frente lisa, aún ajena al paso del tiempo; la nariz perfilada con la perfección de un busto de Afrodita; los labios entreabiertos que, en el duermevela, dejaban huir los temblores de un leve suspiro. Seguía siendo tan bella como el día en que la conoció y decidió, sin dudarlo, que sería su esposa. Obnubilado, su vista resbaló como una gota de sudor por el cuello de su esposa hasta detenerse en sus senos que, por el efecto de la luz, excitados por el

contacto de los rayos del sol, parecían hinchados. Layo la habría tomado una vez más allí mismo si no hubiera sido porque, de repente, la angustia se hizo presa en su pecho: su vista había recorrido un poco más la silueta hasta descubrir la creciente curva que se dibujaba sobre el vientre de Yocasta.

—¡Malditos los dioses y malditos nosotros por haber caído en la tentación de una noche!

Yocasta se despertó de golpe entre gritos y solo atinó a ver un destello de terror en los ojos de su marido, que huyó de ella, retrocediendo con pequeños pasos, como si en lugar de un motivo de dicha aquel vientre hinchado trajera la peor de las desgracias.

Ese primogénito no debía nacer y durante semanas, azotado por la ilusión de su esposa, Layo deseó en lo más recóndito de su alma que los dioses intervinieran y pusieran fin a aquel embarazo. Pero eso no sucedió. Para mantenerse alejado de Yocasta y del trágico destino que esta custodiaba en sus entrañas, el rey de Tebas ordenó encerrarla en su cámara. En vano resultaron los ruegos de la futura madre por convencer a los centinelas que custodiaban su puerta día y noche para que la dejaran salir dispuesta a compartir con su esposo la alegría que crecía en su interior. Un hijo, por fin... Pero ¿por qué después de tantos meses tratando de darle un heredero, ahora Layo la repudiaba? ¿Por qué, bajo la excusa de que debía cuidarse, la había privado de libertad como a la peor de las esclavas? La angustia crecía al mismo tiempo que el niño en su interior, hasta que Yocasta decidió poner fin a su cautiverio. Cumplido el sexto mes, aprovechó un descuido de los guardias que la custodiaban y corrió a la habitación de su marido.

—Layo, esposo desalmado, ¿qué hay en mí para que trates con tanta ingratitud a la madre de tu hijo?

La imagen de Yocasta, con el pelo enmarañado y sujetándose el vientre ante sus ojos, tembló en sus pupilas, humedecidas por las lágrimas. Así, embarazada de seis meses, era aún más bella de lo que recordaba.

—Esposa mía, ¡cuán injustos podemos ser a veces con aquellos quienes queremos! Pero no somos nosotros los que elegimos cómo vivir, sino los dioses que nos gobiernan... Tienes razón... me siento cansado de intentar apaciguar el secreto que me carcome por dentro como un perverso gusano.

Por primera vez en muchos meses, un Layo tembloroso se acercó de nuevo a su mujer y posó la mano por fin sobre su suave vientre, buscando tal vez compartir la alegría de la paternidad o el recuerdo de la piel de a quien tanto había querido. Pero en el interior de Yocasta la amenaza pareció revolverse dando una patada certera. Layo retiró su mano de inmediato.

—Dime pues, esposo mío, por qué crece tu desprecio hacia mí al mismo tiempo que engorda tu hijo en mi interior.

—No es desprecio, sino miedo. El miedo que me infunde la profecía que me reveló hace meses el oráculo de Delfos.

—Explícame ese revelación para que pueda yo, tal vez, amado, disipar tu pánico ante la desgracia —dijo Yocasta abrazando a su marido por la espalda.

—Me temo que el conocimiento no solo no acabará con mi pesar, sino que inoculará el miedo también en ti como un veneno de serpiente, pues la maldición nos incumbe a los dos y es fruto de esa criatura que llevas dentro.

Yocasta se apartó de inmediato y, de manera instintiva, se agarró el vientre, en cuyo interior el niño lanzó otra patada. Layo dio unos pasos por la habitación y se sentó cabizbajo, sin mirarla a los ojos.

—Habla, pues. ¡Si nos atañe a ambos, tengo derecho a saberlo! —exigió la reina.

Tras un minuto de silencio, Layo confesó:

—Si ese niño nace, me causará la muerte y estará destinado a ocupar mi trono y destruir a mi pueblo. —Hizo una pausa para respirar, pues sintió que sus palabras acuchillaban a Yocasta mientras brotaban en arcadas desde su garganta—. ¡Será, por tanto, un parricida que acabará conmigo y traerá el infortunio a esta tierra!

Yocasta cayó de rodillas ante él y, por un momento, Layo tuvo la esperanza de que el conocimiento de la profecía la sumiera en tal pena que la hiciera perder al hijo que, de ser cierto el oráculo, traería su desgracia. Pero de nuevo nada de eso ocurrió: a pesar del horror que la sola idea de pensarlo le provocó a Yocasta y del dolor que la postró en cama una vez más, el embarazo siguió su curso. Los meses siguientes, los esposos vivieron bajo la incertidumbre, animados por la posibilidad de que las predicciones se equivocaran y naciera, tal vez, una niña.

Después del alumbramiento, las palabras pronunciadas por el oráculo se revelaron como ciertas cuando la partera confirmó que se trataba de un niño, un varón que disipó cualquier atisbo de esperanza. No hizo falta saber nada más: Yocasta consintió en entregar al bebé a su marido, quien se apresuró a alejarlo de ambos sin apenas mirar su pequeño rostro. Fue en ese momento cuando Layo hizo llamar a palacio a Menetes y le exigió que acudiera con la cabeza cubierta una vez que el sol se hubiera puesto. Y el pastor así lo hizo.

◇◇◇

Tal como le habían indicado, Menetes encontró la puerta en el muro lateral, pero dudó un momento antes de abrirla. Aquella situación resultaba extraña: no había centinelas que la custodiaran, ni nadie que le confirmara que no estaba cometiendo una locura al entrar de noche en el palacio real. Pero las órdenes habían sido claras, así que asió la aldaba y empujó como pudo la madera hasta que esta cedió. Tardó unos segundos en acostumbrarse a la escasa luz que inundaba unas sucias y austeras caballerizas, más cercanas al pobre manto de lana con que el pastor ocultaba su rostro que a las elegantes estancias de palacio. Menetes se sentó a esperar en el poyo indicado, que estaba al fondo de la estancia junto a una pila con agua, a que alguien apareciera. Cierta angustia se apoderó de él al ver, a unos veinte metros, la enorme puerta principal, enmarcada por dos columnas de piedra donde, imaginó, debían de azotar a los esclavos. Cerró los ojos y pensó en qué falta había podido cometer para ser llamado ante Layo a aquellas horas más propias de maleantes que de la dignidad que se les presupone a los monarcas. Pero no tardaría en recibir respuesta.

El relinchar de los caballos lo despertó confirmándole que no estaba solo. Dos siluetas negras cruzaron entonces la puerta principal. La más baja, que iba envuelta en un manto, se detuvo junto a una de las columnas y, tras revisar el contenido de una cesta inclinándose con sumo cuidado, se la entregó a la otra figura, que besó su frente antes de comenzar

a caminar hacia el fondo de la caballeriza. La silueta del rey y el intenso color rojo de su túnica se fueron haciendo más nítidos conforme este se acercó al pastor, puesto ya en pie.

—Menetes, hijo y nieto de mayorales al servicio del rey durante décadas, no hagas preguntas y escucha con atención —le dijo—: no hables jamás de la misión que te encomiendo y serás recompensado.

Mientras le clavaba con su mirada toda la autoridad que le correspondía como rey, con más temor que crueldad, Layo entregó a su súbdito aquel capazo sin molestarse en mirarlo por última vez. En su interior había un niño recién nacido.

◇◇

Menetes alzó de nuevo la vista al cielo como quien busca clemencia. Cumplir con un mandato tan innoble se revelaba como una tarea deplorable para un simple pastor de ovejas y, cada vez que se preguntaba si tendría el valor suficiente para hacerlo, un dolor intenso comenzaba a palpitarle en la sien. No sería fácil dejarlo allí, en las inmediaciones del bosque, para que muriera a expensas de las fieras que abandonaban la maleza por la noche. Pero un siervo de Layo estaba obligado a cumplir órdenes y más cuando estas habían sido taxativas: «perfórale los tobillos, átalo como se atan los corderos y abandónalo en el bosque más alto del Citerón, donde nadie lo encuentre». Y así había cumplido él, fiel servidor, con la primera parte del encargo: con un hierro candente tras varios minutos en una fogata había atravesado a la altura del maléolo los piececitos del pequeño, que apenas había derramado una lágrima, demostrándole así el carácter de héroe que poseía.

Al ver los tobillos enrojecerse y la piel cauterizarse sin apenas sangrar, Menetes dudó si debía seguir cumpliendo el encargo. Una mueca, una pequeña sonrisa amarga, hizo que el pastor se consolara. Podría ser peor. Al fin y al cabo, Layo había sido magnánimo con él y, al menos así, al abandonarlo, al exponerlo a la suerte de las alimañas, no tendría que ver cómo moría. Pero el pastor sabía que, aunque la sangre no salpicara sus manos, la muerte del pequeño calaría en su corazón como una mancha imborrable para el resto de sus días.

Elevó una vez más la vista y observó el sol un poco más bajo, pero no obtuvo respuesta. Entonces, a su espalda, los ladridos de su perro hicieron que se levantara alarmado. Un vistazo rápido le hizo comprobar que no había peligro en el bosque: en la lejanía, bajando por la cañada que llevaba a Corinto, aparecían las primeras cabezas de ganado de una vaquería. No tardó en reconocer al boyero que las conducía, con el que algún frío otoño, en épocas de penuria, había compartido las escasas viandas de su zurrón. Se llamaba Herenio y era un buen hombre, de eso estaba seguro. Dio las gracias a los astros y, tras acariciar la mejilla del pequeño, se sentó a esperarlo con un sonrisa. Tal vez no había elegido aquel prado por casualidad.

◇◇

La noche cayó como el azote de una vara de olivo cuando la última vaca entró en el establo. Herenio se había dado prisa para llegar a Corinto antes de que el sol se pusiera y los vendedores desmontaran el mercado, pero no lo había conseguido y ahora tendría que responder ante Pólibo. Se lamentó de su suerte. Si el niño no hubiera comenzado a llorar nada más

entrar por la puerta de la ciudad, la guardia no se habría percatado de nada; si hubiera llegado antes, nadie lo habría oído entre los gritos del mercado. Pero no había sido así. «El rey te está esperando —le habían dicho nada más interceptarlo en la plaza que conduce a los dos templos de Palas—, guarda el ganado y dirígete a su presencia sin dilación.» Mientras los guardias le requisaban el capazo, el boyero lamentó haber porfiado tanto tiempo en el prado con el pastor de Layo, entre los gritos de aquel maldito bebé, para llegar a un acuerdo que no tenía discusión: porque así lo había querido la suerte, él guardaría el secreto y alejaría a aquel pequeño de su crudo infortunio.

Colocó el tablón de madera que cerraba el establo, se lavó la cara y los brazos en el abrevadero donde hacía un momento habían bebido sus bueyes y se echó por encima su viejo manto de lana camino de palacio. Deseaba con todas sus fuerzas que salvar una vida no le costara la suya propia. Pero no tuvo esa impresión cuando se presentó ante la guardia del rey de Corinto.

Después de ser conducido como un reo por los amplios pasillos reales, Herenio fue empujado ante Pólibo, que permanecía sentado, hierático, al fondo de la estancia, donde el frío mármol que cubría el suelo se elevaba en un par de peldaños. Junto al trono, su mujer, la reina Peribea, sostenía en brazos al pequeño, dormido, aún en la manta con que Menetes se lo había entregado en el Citerón. Tras preguntarle cuántos años hacía que estaba a su servicio, el rey se mostró inquisidor y su voz, tan profunda como imponente, resonó en algún lugar entre la docena de columnas que sostenían el techo de la sala.

—¿Es tuyo?

—No, señor.

—Explícame entonces, Herenio, pastor de bueyes, qué hacía este niño en tu cesta. ¿Lo has robado?

—No, señor.

—Entonces, ¿por qué un ganadero sin esposa ni familia intenta entrar en la ciudad con un recién nacido escondido en una cesta?

—Yo... yo... —balbució.

—¡Habla si en algo aprecias tu vida!

—Juro por los dioses que no hice nada malo para que los guardias me cerraran el paso.

Cuando el rey, cada vez más exaltado ante las palabras del boyero, se levantó del trono, Peribea interrumpió, temiendo que los gritos de su marido despertaran al pequeño.

—Fui yo quien ordenó a los guardias que te apresaran, pastor —dijo en un tono más bajo que el del rey, pero igual de autoritario—. Esta tarde, mientras paseaba por la orilla del río, cerca de la cañada, oí llorar a un niño, mas pensé que no era posible, pues nadie había en aquel lugar, salvo un rebaño de vacas que se veía a lo lejos, mi esclava y yo. Al principio creí que era fruto de mi imaginación, pero mi sirvienta, que ha sido seis veces madre, también había distinguido el llanto de un recién nacido entre el sonido de los cencerros. Extrañadas, nos escondimos entre los arbustos a esperar a que llegara el rebaño y entonces lo oímos llorar con más fuerza. Acto seguido te vimos abrir la cesta y coger en brazos al pequeño. Sí, así fue. Te vimos zarandear al bebé con la torpeza del que solo ha tratado con terneros, y repetirle al oído la frase que despertó nuestras sospechas: «Calla, calla

o nos descubrirán». Mi sirvienta te reconoció enseguida: «Es siervo vuestro, Herenio, un pastor sin familia», me susurró.

—Ahora es tu deber responder —sentenció Políbo.

El boyero de Corinto quedó expuesto ante la verdad, pero, a pesar de encontrarse cohibido por el lujo del palacio y la autoridad de los reyes, a los que nunca antes había visto tan de cerca, no traicionó el plan trazado en el prado de Citerón con el pastor de Tebas y mintió al asegurar con todo detalle que había encontrado al bebé atado, colgado por los pies de una rama en lo alto del monte, abandonado a su suerte y al destino que las bestias que acechan esos bosques quisieran darle. Desde los brazos de la reina, el niño emitió un gemido cómplice que el pastor, postrado y tembloroso ante los reyes, interpretó como una aprobación de su historia. Peribea arrulló entonces al bebé al tiempo que miraba a su marido y se preguntaba en voz alta qué tipo de desalmado podría condenar a tan funesto final a una criatura recién nacida. Un incómodo silencio dejó en el aire la respuesta, hasta que unos pasos cada vez más cercanos sobre el mármol hicieron que el pastor se atreviera a levantar ligeramente la cabeza. Frente a él, el rey hizo un gesto a uno de sus siervos, que salió de la sala, mientras, de manera más cercana y afable, levantaba con sus propias manos al pastor. Al verlo a tan escasa distancia, Herenio se sorprendió, pues nunca hubiera imaginado ser más alto y fornido que el monarca, cuyos delgados brazos hicieron un enorme esfuerzo para ayudarlo a ponerse de pie.

—Siendo un niño que la suerte ha traído a palacio, sería traicionar el deseo de los dioses que volviera como hijo de pastor a las montañas donde fue abandonado —dijo el rey

tras recobrar el aliento—. Bien es sabido por todo Corinto que mi mujer y yo no podemos engendrar un heredero al trono, por lo que anunciaremos que se ha obrado el milagro de Hera y, tras unos meses, daremos a conocer a este niño como mi legítimo sucesor.

Y diciendo estas palabras, hizo que un sirviente entregara a Herenio varias monedas de oro, con la promesa de que jamás contaría aquella historia a nadie y bajo la única amenaza de castigo con que puede pagarse la traición a un rey. Comprado el silencio del boyero, que moriría años después a causa de los excesos de una vida sin preocupaciones, Pólibo mandó buscar a la mejor nodriza y dio orden de que vistieran al bebé con la nobleza que le correspondía. Emocionada por la maternidad que, como un regalo del Olimpo, había caído de la noche a la mañana en su regazo, Peribea quiso lavarlo ella misma. Cuando tuvo ante así una enorme pila con agua templada, desenrolló los pañales y ropas y encontró un vendaje en los sonrosados tobillos del pequeño que ocultaba la piel cauterizada por el fuego.

—Lo llamaremos Edipo —dijo a su marido—, el de los pies hinchados.

2

EN BUSCA DE LOS ORÍGENES

La llegada de un heredero al trono trajo un período de estabilidad y prosperidad al reino de Corinto, que creció al mismo tiempo que Edipo se convertía en un joven alto y fornido. En aquella región del Peloponeso azotada por las guerras de otra época, comenzaron a florecer el comercio y las artes en una etapa de paz y esperanza que ayudó a disipar la inseguridad que para muchos súbditos suponía la presencia de un rey como Pólibo, enjuto y enfermizo, no muy ducho en las armas. La esterilidad que durante años los sacerdotes habían atribuido al monarca había causado inquietud, así que existió siempre cierto recelo entre los corintios, que disfrutaban con los comentarios maliciosos, silenciados por el bullicio de los mercados del ágora, sobre el oportuno milagro de la descendencia de Pólibo. Pero de forma tácita, entre una gran parte de la población del reino, se impuso una máxima: cualquiera que fuera el origen del

príncipe, siempre sería mejor que los gobernará un espurio que afrontar de nuevo la guerra. Y así, conforme Edipo se fue haciendo hombre, los corintios descubrieron a un futuro monarca de cuerpo cincelado por los dioses, al que, quienes lo habían tratado de forma cercana atribuían, además, un enorme ingenio.

Consciente de la expectación que siempre causaba su presencia, Edipo avanzó por los pasillos porticados de la palestra junto con su esclavo, como venía haciendo los últimos cuatro años. En todo ese tiempo, había sentido que su cuerpo se ensanchaba con cada ejercicio y, esa mañana, al quitarse el quitón en el vestuario, descubrió una espalda de musculatura poderosa y unas piernas que, a pesar de las cicatrices que adornaban sus tobillos, se habían desarrollado como las columnas de un templo. Admirado por el porte del joven, su esclavo procedió a untarlo con aceite de oliva, repasando como un escultor cada centímetro de piel, dura como el mármol. El futuro rey de Corinto no hacía mucho que había cumplido los dieciséis años y su entrenamiento, en solitario durante los últimos meses, se había intensificado hasta abarcar todas las disciplinas. Había aprendido a correr con velocidad y a saltar de un extremo del rectángulo de arena que ocupaba el atrio hasta alcanzar la marca que le señalaban los instructores. Se había adiestrado en el lanzamiento de disco, aunque mostraba mayor pericia y precisión en el de jabalina. Pero, sobre todas estas artes que podían servir tanto para el deporte como para la guerra, Edipo disfrutaba con la lucha cuerpo a cuerpo, práctica que no le resultaba difícil, pues no en vano se había desarrollado de manera más rápida que los muchachos corintios de su misma edad.

Ese día, el futuro rey pondría a prueba la técnica aprendida en la que sería su primera competición con los compañeros más aventajados.

De camino a la arena, Edipo se detuvo ante una enorme tinaja donde los luchadores solían refrescarse tras el combate. Al igual que el primer día que pisó la palestra, buscó el ángulo adecuado en que el sol le permitiera contemplar su reflejo e inclinó la cabeza sobre la gran boca de barro. Se sintió satisfecho: hacía tiempo que no necesitaba ponerse de puntillas para lograrlo. Observó entonces su rostro, tan cambiante en los últimos meses, con los pómulos marcados y la nariz rectilínea, la piel morena, ligeramente más blanca en la frente, donde se enroscaban como pequeñas culebras los mechones de su oscuro cabello, y los ojos, de color avellana con tonalidades verdosas, que parecían un par de gemas, quizá dos topacios tallados por el mismísimo Hefesto. Sus facciones, remarcadas desde no hacía mucho por la sombra de la incipiente barba, sugerían valor y dignidad; el hoyuelo que adornaba su prominente mentón, tan diferente al que remataba los rostros de aquellas tierras, denotaba nobleza. Edipo tocó ligeramente el agua hasta que desapareció su imagen y, con la mano húmeda, se atusó el pelo. Era consciente de que, a diferencia de lo que ocurría con sus compañeros de entrenamiento, el niño que fue había quedado atrás.

Cuando los otros alumnos lo vieron desnudo en mitad de la palestra, retrocedieron un paso. Bajo el cielo que iluminaba el centro del patio, el joven aparecía bañado por la luz del día: el sol, al resbalar por el aceite que cubría su piel, ceñía su cuerpo de atleta, rudo y voluminoso, tan diferente al del rey del que se lo suponía hijo. Tan solo Corebo, el luchador

más grande de todos, permaneció en su sitio, a pesar de que lo asombrara comprobar que, en muy poco tiempo, Edipo había crecido hasta sacarle una cabeza.

—¡Los dioses te guarden! ¡Sí que has cambiado en tres meses de instrucción en solitario! —dijo al saludarlo mientras se retiraba con la mano los rizos rubios que adornaban su frente—. ¡Ya eres más alto que cualquier corintio!

—Corebo, noble amigo, veo que la admiración no te resta valía. Todos nuestros compañeros han dado un paso atrás como si ya no vieran en mí al rival de un juego, sino a un temible enemigo.

—No les culpes: hasta hace poco eras un niño, pero ahora tu espalda es tan ancha como dos de ellos juntos. Es normal que te teman. Pero recuerda que hasta los titanes fueron derrotados por los dioses olímpicos. Yo lucharé contigo, y seguro estoy de que morderás la arena.

Al verlos juntos, el instructor apreció que los dos muchachos eran los de mayor tamaño y autorizó el reto. Dio entonces la orden de que se prepararan y calentaran los músculos. Corebo lo adelantó en la carrera, sacándole una gran ventaja, que no pareció importar al príncipe, más preocupado en no gastar energía antes del enfrentamiento. Tras correr dos vueltas por el patio central y hacer unas flexiones, ambos estuvieron listos para el combate en el centro de la palestra.

Situados uno frente al otro, los luchadores esperaron la señal del instructor y, al oír la música de los primeros aulós, comenzaron a moverse en círculo, con las rodillas ligeramente flexionadas, anclando los pies con firmeza en la arena, cuyos granos comenzaron a adherírseles poco a poco a la

piel. El sol brillaba aún más sobre los hombros de Edipo, acentuando los reflejos dorados del aceite, un resplandor que los ojos claros de Corebo percibieron como una funesta amenaza. Pero no se amedrantó. Cuando un aulós tocó la nota más aguda, ambos jóvenes se lanzaron el uno sobre el otro, asiéndose por los brazos. Las manos de Edipo sujetaron con firmeza los hombros de su oponente, que creyó verse sometido por la fuerza de un coloso. En vano intentó el corintio mover al joven príncipe, cuyos pies parecían estar clavados en el suelo como el áncora de un navío. Corebo sintió la saliva resbalar por su mentón mientras apretaba los dientes y empujaba un poco más, pero su esfuerzo resultó inútil. Buscó entonces el hueco bajo la axila de su rival, como le habían indicando tantas veces durante la instrucción, y abrazó como un oso la cintura del futuro rey, que sintió crecer la presión en su espalda. Lo había tomado por sorpresa y ahora debía aprovechar esa ventaja, así que tomó aire e hinchó el pecho, haciendo que sus músculos dorsales se ampliaran como las alas de un buitre, dispuesto a cebarse con las lumbares y la columna de su oponente, que emitió un lastimoso crujido. Ante tamaño dolor, cualquier otro hubiera perdido el equilibrio y hubiera caído de bruces, pero Edipo no solo resistió sino que, sujetando la cabeza de su rival con el bíceps derecho como si fuera la tenaza de un herrero, le levantó el tronco con ayuda de la otra mano hasta voltearlo por completo en el aire. Nunca antes en aquella palestra un luchador había caído con tanto estruendo sobre la arena.

El instructor dio por finalizada la pelea. Pero al ver a su amigo de espaldas en el suelo, vencido de una manera tan categórica, los otros atletas se olvidaron de las enseñanzas

de respeto que habían jurado cumplir y se lanzaron de golpe sobre Edipo. El joven príncipe se vio sorprendido por la acción de una docena de adolescentes que se cebaban en su cuello como una jauría de lobos y a punto estuvo de tambalearse sobre sus tobillos cuando recibió el primer puñetazo, ante el cual, sin embargo, no se doblegó. Dolorido, logró sacar fuerzas de lo más profundo de su ser y, uno a uno, se fue quitando de encima a todos, sin apenas esfuerzo, como quien aparta moscas de un cuenco de miel. Cuando hubo acabado, se dirigió a Corebo, que aún yacía en el suelo, y le tendió la mano. Pero este lo atravesó con la frialdad de sus ojos azules y la rechazó con desprecio.

—¡Tenían razón al decir que no eres hijo de esta tierra!

—¿De qué estás hablando?

—¡Mira a tu alrededor, príncipe! Nos has vencido, como hace décadas nos vencieron nuestros enemigos. ¡No queda nadie en pie! Y eso que algunos te superamos en edad —dijo Corebo mientras se levantaba sin ayuda—. Observa el grosor de tus brazos y la roca en que se ha convertido tu pecho. Y contempla al noble Pólibo, cuya delgadez no soportaría ni un soplo de viento. ¿De qué linaje procede esa fuerza, impropia de un corintio de tu edad?

—¡Es el orgullo de los que no saben perder el que sale por tu boca! ¿Qué quieres decir?

—Lo que todo Corinto sospecha: ¡que no eres hijo de tu padre!

Con gusto se habría abalanzado Edipo sobre él y sobre los otros atletas que, desde el suelo, aún entumecidos, empezaron a acusarlo al grito de «espurio». Con gusto les habría hecho tragarse sus palabras una a una, si no hubiera

sido porque algo en su interior le decía que tal vez hubiera algo de razón en ellas.

⋄⋄⋄

Desnudo como un guerrero habría huido sin pensarlo en dirección a palacio, con la única compañía de la palabra «espurio» asaeteándole la mente, si su esclavo no hubiera alcanzado a echarle un manto sobre el cuerpo antes de que saliera. ¿Qué habían querido decir Corebo y los otros? ¿Qué historia innoble había parido la envidia de quienes se sentían inferiores? ¿Qué duda habían sembrado para que, de repente, le comenzaran a arder las cicatrices que ceñían sus tobillos? Ahora, aún descalzo, corría por las calles de la ciudad en busca de una respuesta. Pasó sin detenerse entre los templos que rodeaban el ágora y enfiló la cuesta que conducía a la parte alta. Nada más llegar a la escalinata, la guardia se hizo a un lado y Edipo realizó un último esfuerzo para subir los peldaños de tres en tres, dispuesto a interrogar a su madre. Cuando irrumpió, exhausto y sudoroso, en la habitación de Peribea, esta quedó desconcertada al verlo aún con aceite y arena pegados a la piel, apenas cubierta por un jirón de tela. El joven se arrojó a sus pies.

—Hijo mío, ¿qué ha pasado para que vengas así, exaltado y con ese atuendo innoble? —dijo mientras se agachaba para abrazarlo.

—Madre, si en verdad puedo confiar en ti, es necesario que me expliques lo que yo desconozco pero todo Corinto sospecha.

Peribea, que llevaba años temiendo la llegada de esa petición, despidió a las sirvientas y ordenó que cerraran la puerta antes de contestar:

—Dime qué te atormenta, Edipo, pues una madre no debe ocultar nada a su hijo, mas puede que no conozca yo la respuesta que te calme.

—Quiero que me jures por los dioses que soy hijo de Pólibo y heredero legítimo de su trono...

Mientras buscaba una contestación adecuada, la reina mojó una de las puntas de su peplo en el agua de una palangana y limpió con cariño el sudor de su hijo. Lo miró a los ojos y le acarició la frente para apartarle los restos de arena que aún se enredaban en su cabello.

—¡Has crecido tanto! —exclamó antes de apartarle la mirada y girarse. Su tono se tornó entonces más serio y ofendido—. Por supuesto que eres hijo de Pólibo, más no es justo para una reina que su propio hijo dude de sus palabras y mucho menos de sus actos. ¿Por qué te angustia ahora esa idea? ¿No sabes que Corinto está plagada de detractores de tu padre que inventarían cualquier mentira para que su estirpe no continuara en el trono?

—Lo sé, tú misma me enseñaste a no hacer caso de las habladurías..., pero es como si la duda estuviera escrita en mí, como estas cicatrices cuyo origen ni tú misma has querido explicarme.

—Si eso alivia tu mente, te diré cómo te las hiciste.

Peribea, cuyo ingenio practicaba a menudo inventando acertijos y adivinanzas, improvisó entonces una justificación a los tobillos hinchados de su hijo. Le contó que, poco después de nacer él, siendo apenas un bebé de seis meses, los enemigos de Pólibo, al enterarse de que este había sido padre, habían enviado a su mejor arquero para acabar con su sucesor, al que habían puesto el nombre de Edipo. Y que

aprovechando el relevo de la guardia, el mercenario logró entrar en palacio con su arco y localizar la alcoba donde el niño dormía. Así, con la sangre fría de quien no valora la vida, había apuntado a la cabeza del pequeño, pero la flecha, desviada de su trayectoria por la mano benévola de algún dios, había terminado por alcanzarle solo los talones, los cuales atravesó limpiamente para acabar clavada en la cuna. Le explicó que durante meses —y en esta parte de la historia Peribea, no tuvo que mentir—, ella misma aplicó sobre los tobillos heridos un ungüento de caléndula y los envolvió en paños de lino para que sanaran.

—Y así fue, hijo mío, como esas cicatrices llegaron a tu piel. —concluyó la reina. Pero, ante la mirada incrédula de su hijo, prosiguió—. Los siguientes años la angustia se apoderó de mí, pues no sabía si las heridas te habían causado algún mal en los huesos y si podrías, como hacen todos los hombres, gatear de niño y caminar de adulto, sin necesidad de usar, como los ancianos, un bastón. Pero pronto las dudas se disiparon al verte correr igual que los otros muchachos y, mírate ahora: ¡has crecido sano y fuerte, sagaz y ágil como un héroe!

Peribea culminó su relato asegurando que le había ocultado la verdad hasta entonces porque un príncipe no debe crecer temiendo por su vida. Entonces lo abrazó y Edipo pudo sentir una vez más la diferencia: la piel de su madre era blanca como la espuma del mar, la suya, morena como la arena mojada. Tras besarla en la frente, le agradeció sus palabras y el esfuerzo realizado para contarle aquella historia, que él apenas creyó unos minutos. Mientras tomaba un baño y un esclavo le retiraba el aceite del cuerpo, el joven se acarició los tobillos y sonrió con amargura. Peribea había errado en un significativo

detalle: nadie pone por nombre a un recién nacido Edipo, el que tiene los pies hinchados, meses antes de saber que recibiría un ataque cuyas cicatrices lo marcarían para siempre.

∞

El camino a Delfos estaba resultando más tortuoso de lo que había imaginado en un principio. O tal vez lo fuera porque había tomado la decisión equivocada de viajar allí solo, sin esclavos, en un carro, con la única compañía de su caballo. Pero ya era tarde para arrepentirse. Desde lo alto de la colina, Edipo vislumbró una mancha blanca que, como un trozo de mármol, refulgía en mitad de un bosque de abetos. Aquel debía de ser, según todas las indicaciones que había seguido, el santuario donde el oráculo de Apolo por fin le revelaría su origen. Ya solo tenía que bajar por el sendero que se abría paso entre la espesura, detenerse en las fuentes para lavarse e iniciar el camino, ya más sosegado y a pie, hacia las pilastras que señalaban el comienzo del templo. Respiró profundamente y palpó la bolsa de tela en cuyo interior llevaba una oca atada por las patas. Esta se agitó y emitió un pequeño graznido. «Bien —pensó—, sigue viva.» Las riendas azotaron entonces al caballo, que se apresuró a recorrer los senderos que lo separaban de la verdad.

Mientras caminaba ya purificado y sereno hacia la escalinata del templo, se dio cuenta de que el sol ya se había puesto y las primeras sombras convertían en figuras inquietantes incluso a los bellos laureles en flor. La calma de aquel lugar, que hasta entonces contrastaba con la prisa que le había acompañado durante todo el viaje, parecía evadirse con la luz, para dejar paso a una extraña tensión, acentuada por

sonidos aquí y allá: aves que cruzaban el cielo en bandadas, pequeños animales que hacían crujir la hojarasca, ramas de sauce que susurraban su lamento agitadas por la brisa. De pronto, sintió un escalofrío recorriendo su espalda: no estaba solo. Consciente de que algo iba a suceder, echó un vistazo a su alrededor, pero no logró discernir a varias figuras cubiertas con mantos que lo observaban desde detrás de una columna. Ignorante del peligro que corría, se sobresaltó al sentir una voz de ultratumba que le espetaba:

—¿Qué buscas, joven innoble, en este lugar sagrado? Mejor sería para ti que te marcharas si temes la cólera divina.

Edipo se dio la vuelta, pero de nuevo no logró ver a nadie. Aun así, no se achantó, alzó la oca que sujetaba con firmeza por las patas y gritó hacia ninguna parte:

—¡He venido a conocer la verdad! ¡Traigo la ofrenda y he lavado mis pies y mis manos como ordenan los dioses!

Sin permitirle seguir, un puño a su espalda le arrebató el ave, dos manos lo hicieron volverse hacia el lugar donde crepitaba el fuego sagrado y una voz diferente, que procedía de un lugar más lejano, le ordenó que caminara mirando al suelo. Una vez frente al pebetero, Edipo se arrodilló. Apenas levantó la vista un instante, pero fue capaz de apreciar que una de las figuras, cuya edad y sexo no pudo determinar, lo adelantaba y ocupaba un lugar tras la llama. Las otras se distribuyeron como cuervos a su alrededor. Tras oír el graznido ahogado en la sangre de la oca, una voz inquisitoria le otorgó la palabra.

—¡Oh, pitia, voz de Apolo, permite que el dios hable por tu sabia boca y revélame si soy hijo de reyes! —clamó el joven príncipe.

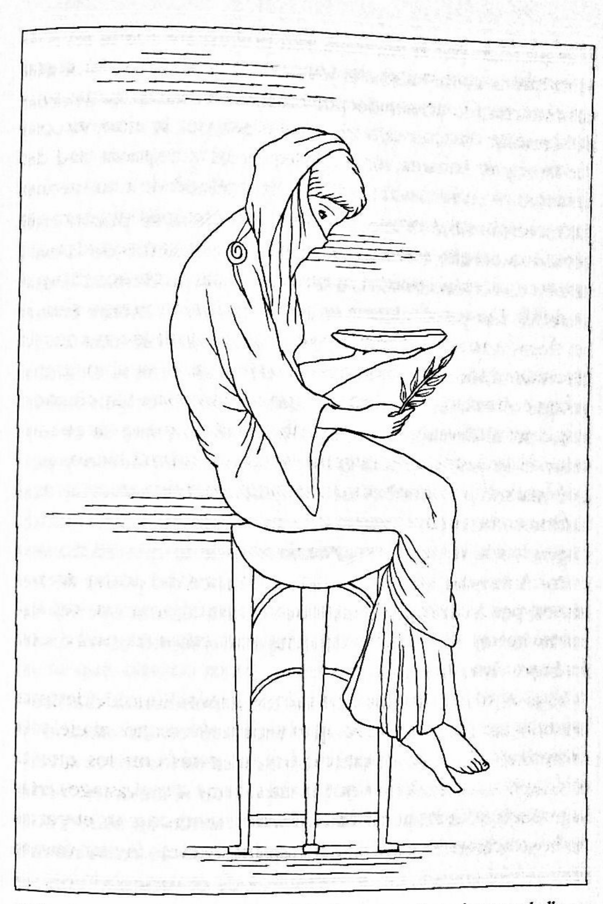
Acto seguido, las figuras se agitaron en sus mantos y comenzaron a murmurar mientras una de ellas hurgaba en las vísceras y los pellejos del animal degollado. Allí, entre las plumas mezcladas con la sangre caliente y el sonido viscoso de las tripas derramadas, se reveló la verdadera identidad del joven, cuyo nombre comenzó a ser repetido de una en una por todas las figuras, desde todos los rincones del templo y el bosque que lo rodeaban, hasta que el eco se extendió como una letanía más allá de las montañas. «¡Edipo! ¡Edipo! ¡Edipo!» De repente, el príncipe oyó risas diabólicas y siniestros gritos, mientras sentía que una infinidad de manos lo agarraban por los brazos y, como si apenas pesara, lo levantaban con violencia del suelo. Con ganas habría vapuleado a aquel grupo fantasmal como había hecho con los luchadores en la palestra, pero se contuvo. Al fin, la pitia habló:

—¡Abandona este templo, ser impuro, pues traes la desgracia en tu sangre!

—No me iré sin conocer la respuesta.

Sorprendida por el valor del joven, la sacerdotisa acercó entonces su cara a la llama y él pudo ver por fin su repugnante rostro y su aliento, que parecía avivar el fuego con cada palabra.

—¡Ah, joven impetuoso, conocerás pues tu innoble destino! —dijo antes de entornar los ojos y elevar las manos al cielo—. Edipo, eres hijo de reyes, mas no guardarás con los que te dieron la vida la gratitud que se presupone a los vástagos. Has de saber que matarás a tu padre y, no contento con el parricidio, te casarás con su viuda, que no es otra que tu madre, con quien tendrás descendencia. —Dicho esto, se dirigió a sus oscuras compañeras—: ¡Llevadlo adonde los dioses no lo vean!



Edipo fue capaz de apreciar que una de las figuras ocupaba un lugar tras la llama.

Abrumado por la respuesta a su pregunta y por la revelación que la acompañaba, el joven dejó de resistirse y, como un muerto, fue arrastrado por las sombras hasta las puertas del templo.

◇◇◇

La incertidumbre se apoderó de Edipo hasta tal punto que olvidó su caballo y comenzó a caminar en medio de la noche en dirección contraria a la que había seguido para llegar a Delfos. Los pensamientos se agolpaban en su mente como las flores amarillas en los laureles, provocándole una mezcla de sentimientos contradictorios. Por un lado, se alegraba de que el oráculo le hubiera confirmado su origen noble. Por otro, el descubrimiento de la maldición que se cernía sobre él lo sumía en una gran preocupación. ¿Cómo y por qué mataría a Pólibo? ¿Cuán degenerados se volverían sus instintos como para casarse con su propia madre e incluso engendrar hijos con ella? ¿Podría huir de lo que estaba escrito? A su edad, aún desconocía el alcance del poder de los dioses, por lo que, creyendo que tendría alguna opción de burlar lo que el futuro le tenía deparado, siguió caminando en busca de respuesta.

Vagó así varias noches con sus correspondientes días, comiendo las bayas y frutos que encontró en su camino y durmiendo al cobijo de ramas arrancadas de los olivos silvestres. Bajo las constelaciones que salpicaban el cielo, soñó con la profecía y se despertó exaltado, empapado en sudor, con las hojas y la tierra pegadas a su espalda, cuando en su mente se cruzó la imagen, nítida y grotesca, de él yaciendo con su madre. Tras varias pesadillas y mucho meditar, por fin dio

con la única solución que le satisfizo: el exilio. Sí, aquella era la mejor opción. Por amor a sus padres, jamás volvería a Corinto. Lejos de Pólibo, preservaría su vida. Lejos de Peribea, evitaría el terrible incesto. El hijo deseado se perdería así por siempre y ni su patria ni sus amados progenitores volverían a verlo. Para ahorrarles sufrimientos, se cuidaría de enviarles alguna noticia, tal vez un mensajero que les explicaría el motivo de su marcha y que los conminaría a no buscarlo nunca, amenazándolos, si hacía falta, con suicidarse si veía aparecer la guardia de su padre. Sí, aunque drástica, aquella era la mejor solución para todos.

Aclarada su mente pero aún desorientado, pues había caminado sin rumbo y sin apenas comer ni dormir, decidió escalar un peñasco para ver si desde esa altura divisaba algún camino. Vislumbró entonces un pequeño atajo entre la maleza y las zarzas que conducía a una encrucijada donde se abrían hasta cuatro senderos en diferentes direcciones. «Ese será un buen lugar donde elegir», pensó, y hacia allí encaminó sus pasos.

Una vez en el lugar, la incertidumbre volvió a apoderarse de él. Ninguna estaca ni señal indicaba dónde se encontraba ni qué camino tomar, por lo que Edipo se detuvo en el centro. Miró al cielo, pero el carro del sol ya estaba en lo más alto y era imposible adivinar su trayectoria. Se encontraba, quizás, en los límites de la Fócide y de su decisión dependería viajar hacia Tesalia, Macedonia, Beocia o el Ática. Tras comprobar que no se acercaba nadie por ninguna parte, eligió al azar el tercer camino, pero nada más poner un pie en él, se detuvo. Si tomaba una decisión equivocada, podría terminar de nuevo en el Peloponeso, en Corinto, cerca de sus

padres, donde nada podría evitar que la maldición se cumpliera. Abatido, se sentó en medio de la encrucijada: lo mejor sería aguardar a que alguien pasara por allí y, si no aparecía nadie, esperaría a que la noche cayera y pudiera orientarse mediante las estrellas.

Cuando lo despertó un pequeño puntapié en el costado, volvió a creer en su suerte. Desconocía cuánto tiempo había pasado desde que cerrara los párpados, pero debía de ser mucho porque ahora tenía ante sí a un soldado que, cuando lo vio abrir los ojos, salió corriendo hacia un carro, gritándole a su señor que el hombre estaba vivo. Edipo se puso en pie, se frotó la cara hasta conseguir despejarse del todo y observó la majestuosidad de los dos caballos engalanados que tiraban de una biga, en cuya caja roja y dorada iba sentado un noble que daba órdenes a dos súbditos, a lomos de otros dos corceles. Uno de ellos, el que tenía pinta de heraldo, se acercó y, con la falta de tacto de quien tiene prisa y se cree superior, le ordenó:

—¡Apártate del camino, pordiosero! Vamos a Delfos y no podemos esperar a que te despiertes.

Edipo reparó entonces en su propio aspecto. Polvoriento y andrajoso, con el chitón sucio y hecho jirones tras varios días durmiendo al raso, parecía más un asaltante de caminos que un príncipe. Su rostro, cubierto por la sombra de la barba y por una mezcla de sudor y barro, lo hacía irreconocible y ni siquiera aquellos que lo habían visto en sus peores momentos hubieran jurado que aquel ser descuidado y mugriento era el heredero de un reino.

—No me moriré si antes no me indicáis, oh, noble heraldo, cuál es el camino hacia Corinto, pues he de tomar el sentido opuesto, ya que de esa decisión depende una vida.

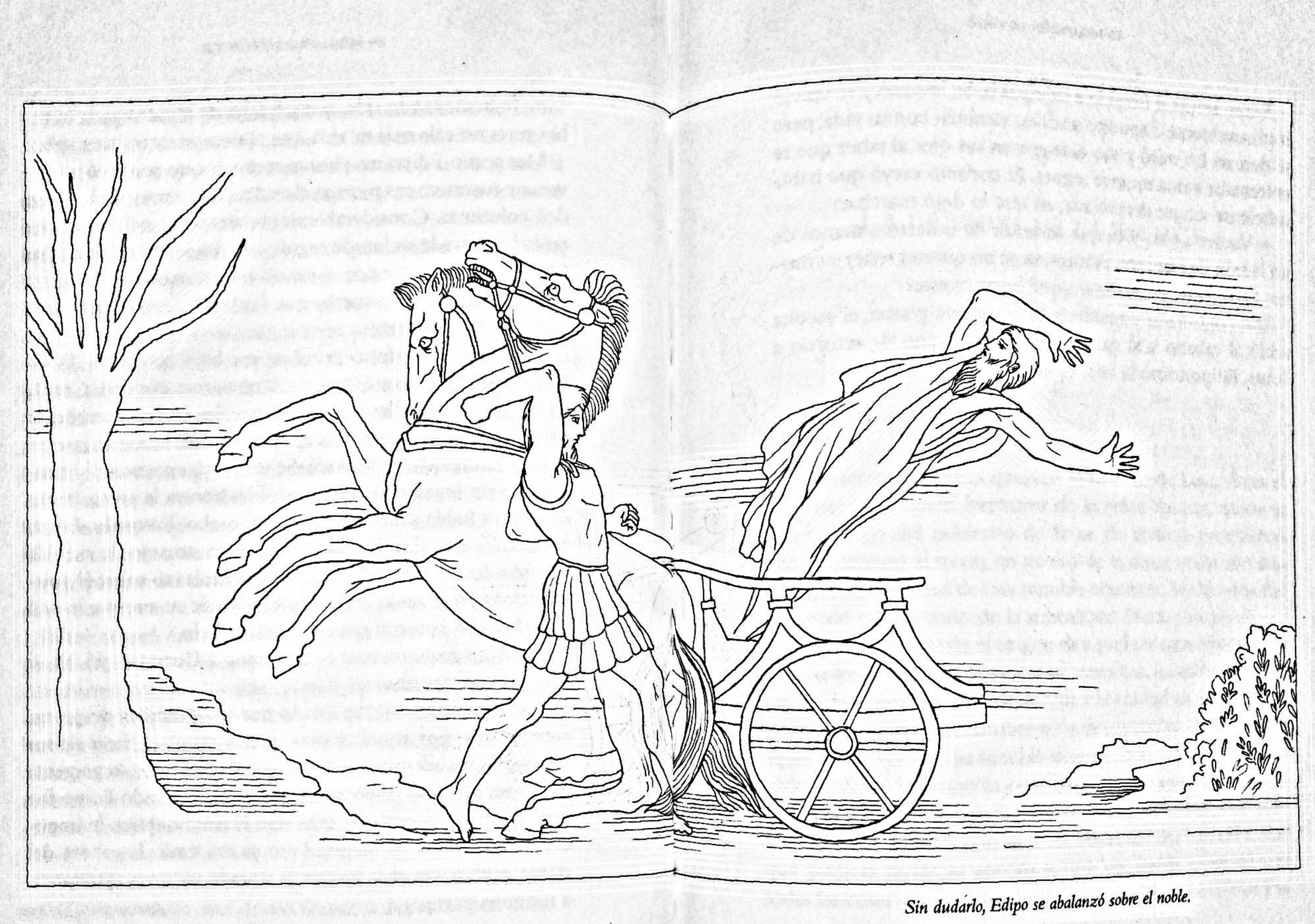
—Te hemos ordenado que salgas ya de nuestro paso, innoble, pues no vale más tu vida que el tiempo de nuestro señor.

Mas como Edipo no obtuvo respuesta, no se dignó a moverse y mantuvo sus piernas clavadas en la encrucijada como dos columnas. Considerablemente airado, el noble que iba en la biga dio la orden de seguir, azotó a los caballos con su fusta e intentó pasar por el escaso hueco que quedaba en el lateral, con tan mala suerte que la rueda derecha del carro pisó el pie del joven.

Cuando Edipo sintió crujir su pie bajo la madera, lo levantó con tal fuerza que hizo tambalearse el carro. Con la violencia que conlleva la desesperación, se lanzó entonces sobre uno de los escoltas, al que derribó del caballo, con tal mala fortuna que lo desnucó. Se enfrentó entonces al heraldo, que no tardó en caer de espaldas contra la arena, como días antes había acabado el joven Corebo. Entonces, Edipo se volvió y vio al noble, enredado en un amasijo de riendas, intentando levantarse. Sin dudarlo, se abalanzó sobre él y, sujetándolo en el suelo con todo el peso de su cuerpo, lo asió por el cuello como si quisiera arrancárselo.

—¡Dime, maldito, cuál es el camino a Corintio! ¡Habla, si en algo aprecias tu vida!

Pero aquel hombre, aplastado por los músculos del joven, aterrorizado por aquellos ojos que lo miraban fuera de sus órbitas y ahogado por los dedos que se ceñían en su garganta como un cepo, no pudo articular palabra. Cuando Edipo fue consciente de que no era otro sino él mismo quien le impedía hablar, aflojó las manos. Pero ya era tarde: la cabeza del noble cayó hacia el lado con la mirada vidriosa apuntando a ninguna parte.



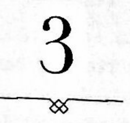
Sin dudarlo, Edipo se abalanzó sobre el noble.

Edipo sintió al heraldo a su espalda. Se levantó y se volvió instintivamente dispuesto a acabar también con su vida, pero se detuvo. Lo miró y vio el terror en sus ojos al saber que se enfrentaba a una muerte segura. El corintio creyó que había suficiente sangre derramada, así que lo dejó marchar:

—Vuelve a casa y di que tu señor ha muerto a manos de un ladrón de caminos. ¡Vamos, ve, si no quieres tener su mismo final! Pero antes, dime, ¿qué lugar es este?

Tras contestarle y maldecir la tierra que pisaba, el escolta subió al caballo y, al galope, enfiló el camino de retorno a Tebas. Edipo tomó la ruta opuesta.

3



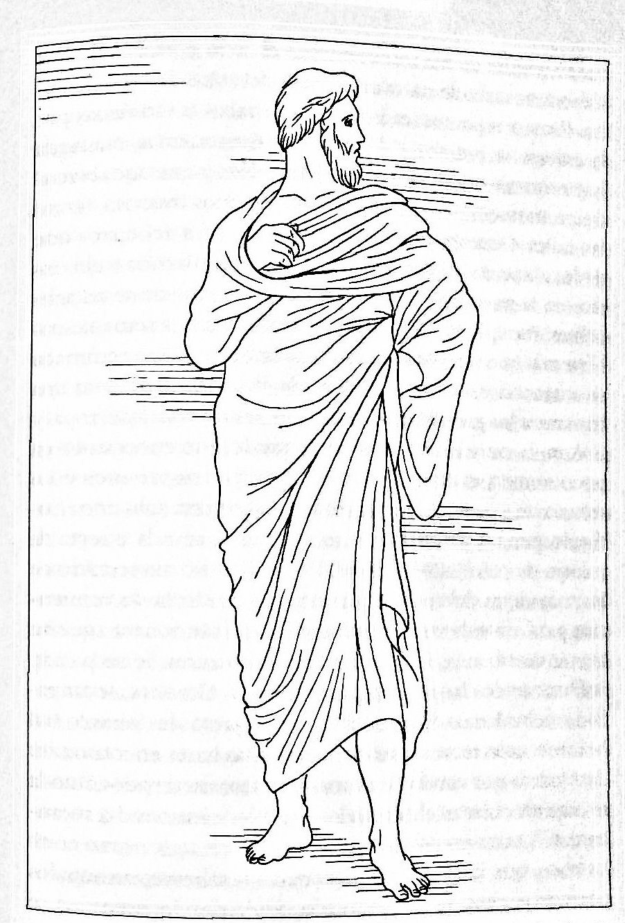
La derrota de la esfinge

Quisieron los dioses que, tras la muerte de Layo, fuera el noble Creonte, hermano de la reina Yocasta, quien se hiciera cargo del gobierno de Tebas de manera provisional. Pero su ascenso al trono, en medio de la crisis, coincidió con la llegada a la ciudad de una temible amenaza. Se dijo que fue un regalo envenenado de la mismísima Hera, aunque nunca se supo a ciencia cierta el origen de aquel ser monstruoso que asolaba los campos y devoraba las cosechas. La esfinge, como fue llamada por los tebanos, sumió a la ciudad en poco tiempo en un régimen de hambre y de destrucción. Por la noche, aquel ser infernal cuya temible silueta alada se perfilaba en el cielo de Tebas les impedía conciliar el sueño con sus cánticos, similares a los de los diabólicos pájaros que habitaban el Hades. Por el día, se lanzaba con su ansia voraz sobre cualquier cosa que pudiera saciar su apetito y, una vez hubo acabado con todas las cosechas y el ganado de Tebas, los propios tebanos se

convirtieron en su presa. La ciudad, en otra época bulliciosa y llena de esplendor, se transformó en un desierto de desolación, con cientos de ciudadanos encerrados en sus casas por temor a ser devorados. El mercado de abastos, sin apenas nada que ofrecer, fue reduciéndose poco a poco hasta que se vendieron, a precio de oro, los últimos alimentos frescos.

El propio Creonte fue testigo una mañana del terror que infligía la bestia. Alertado por los gritos que llegaban del exterior, se asomó a la calle por una de las ventanas de palacio. Vio entonces a una decena de personas que corrían despavoridas y miraban al cielo, pero desde donde él se encontraba no lograba apreciar nada. Vislumbró entonces a lo lejos a una lavandera que volvía del río portando un cesto de ropa y que, presa del pánico, había tropezado esparciendo su carga por el suelo. Junto a ella, su hija pequeña, de apenas cinco o seis años, la ayudaba a recoger túnicas y vestidos, entre los gritos que las alertaban para que se escondieran. De repente, Creonte sintió que el cielo se oscurecía y que la sombra de un enorme y pesado ser se proyectaba sobre el suelo, sumiendo a madre e hija en una densa oscuridad. El monstruo, con sus plumas rojas como el fuego, se lanzó entonces en picado derribando con sus enormes y poderosas alas una de las esculturas de Atenea que adornaban el friso de un templo. Tal vez, por intervención de la diosa, la estatua aplastó a la mujer causándole la muerte y le evitó así el suplicio de ver cómo la esfinge agarraba con sus zarpas a la niña y se la llevaba volando entre gritos para devorarla.

Tras reunir a sus consejeros, que quedaron conmovidos por la tragedia, Creonte ordenó la retirada de los soldados de las zonas y patios exteriores, puso a sus hombres con mejor



Creonte sintió que la sombra de un enorme y pesado ser se proyectaba sobre el suelo.

vista a vigilar de manera constante el cielo y prohibió a los ciudadanos salir de sus casas después del aviso de las trompetas. Pronto supo que, cada vez que saciaba su sed de sangre, la esfinge se retiraba a descansar a las montañas, en algún lugar siniestro entre el Ficio y el Antedón, y que aquel era el único momento en que los tebanos podían pisar sin temor las calles. Con aprobación de todos, decidió recoger parte de los alimentos disponibles para dejar una ofrenda todos los días en la puerta de la ciudad y evitar así más muertes inocentes. Aunque la idea funcionó durante unas semanas, no hizo más que acrecentar el ansia de la bestia, cuyo estómago se ensanchó y reclamó más comida, llegando a devorar una mañana a los guardias encargados de servirle su festín.

Ante la escasez de provisiones, que habían menguado en poco tiempo, el hambre acuciante disipó los temores y los tebanos se echaron a la calle para implorar una solución. Instigado por sus súbditos, que se manifestaban a la puerta de palacio despreciando sus vidas, Creonte pidió autorización a los más viejos del consejo y armó una cuadrilla de voluntarios para ir a exhortar al monstruo que abandonara aquellas tierras moribundas, otrora fértiles y rebosantes de vida.

Durante dos largas jornadas, el propio Creonte, acompañado del valeroso Alexios, el mejor arquero de Tebas, y seis hombres más, recorrió valles y montañas hasta encontrar un desfiladero que conducía a unos peñascos escarpados, donde se oía con claridad el eco de los temibles cánticos del monstruo. Allí, armados con picos, lograron abrir un camino entre las rocas que les permitió acceder a un saliente, un espacio boscoso encima de un acantilado, desde donde, suponían, el monstruo se posaba para controlar la ciudad con su vista de

pájaro. Una vez arriba, Creonte se asomó al vacío y observó el precioso escenario que se abría paso entre las nubes. A pesar de la desgracia, Tebas, con sus murallas y su templo dedicado a Deméter, seguía siendo hermosa y no tenía nada que envidiar a Atenas. «Sí, este tiene que ser el sitio donde se esconde la esfinge», pensó el noble. El intrépido Alexios, que se había adelantado en el camino, no tardó en confirmar su teoría: huellas de un extraño animal, tal vez un león, cubrían el suelo, en el que también se encontró un enorme nido en cuyo interior se amontonaba una pila de huesos roídos. Tras dirigir una apenas perceptible sonrisa al joven, Creonte dio orden de que encendieran un fuego y se sentaran a esperar. Alertada por el humo, la bestia acudiría enseguida.

En efecto, no estuvieron solos mucho tiempo, pues pronto vieron aparecer en mitad del cielo una sombra inmensa que eclipsó el sol antes de posarse sobre una roca. En sus garras llevaba el cuerpo moribundo de un tebano, al que no tardó en despedazar con las fauces, que se hundieron una y otra vez en sus entrañas. Los ojos del infortunado buscaron piedad en los de Alexios, que comenzó a tensar su arco, pero poco pudo hacer, pues el rey se interpuso ante él con un gesto tan autoritario que el joven no se atrevió a desobedecer. Así, mientras la criatura daba buena cuenta de un pedazo de hígado entre los espeluznantes gritos de su víctima, Creonte, uno de los pocos que no apartó la mirada de la terrible escena, pudo contemplar de cerca al monstruo por primera vez. Un cuerpo de león, con zarpas temibles y un lomo del que salían dos inmensas alas de pájaro cubiertas de rojo plumaje, daba paso a un busto de mujer cuya cabeza, de rostro frío y desafiante, estaba coronada por una diadema de oro. Su boca,

inhumana y llena de sangre, silbaba al respirar como un ave cantora y sus ojos parecían contener en su interior el fuego del infierno. Horrorizados, los hombres de Creonte levantaron sus lanzas dispuestos a acabar con aquel engendro del inframundo, pero el rey de nuevo lo impidió, esta vez con un grito. Esa orden, sin duda, les salvó la vida: ni el hierro más punzante podría haber atravesado la piel de aquel monstruo infernal. Saciada su hambre, de repente, la esfinge clavó su mirada en el noble, quien, apoyado en un báculo, dio un paso al frente. La bestia, con el cuerpo situado de perfil, giró lentamente la cabeza hasta observarlos a todos y balanceó con insolencia su cola de felino. Pero nadie retrocedió.

—La inconsciencia de los mortales aún sorprende a los cielos —dijo por fin el monstruo con timbre aflautado y un aliento pestilente que inundó el aire—. ¿No eres tú el nuevo regente de Tebas? ¿Qué te trae a desafiarme en mi morada?

Para sorpresa de sus hombres, que hasta entonces lo habían tenido como un guerrero que nunca estaba dispuesto a doblegarse, Creonte agachó la cabeza y contestó:

—¡Oh, alma de las tinieblas, traedora de muerte y desgracia! El hambre mata a nuestros hijos y la enfermedad se extiende desde que has llegado. Dinos tú, enviada del mal, qué hemos de hacer para que abandones nuestra tierra y la prosperidad vuelva a este reino.

La voz de la esfinge sonó entonces apesadumbrada, como si hubiera repetido su historia durante largo tiempo y jamás hubiera encontrado una forma de acabarla.

—Sabed, seres insignificantes, que los dioses me concedieron un apetito insaciable y fruto de esa necesidad me veo obligada a arrasar vuestros campos.

—Desde hace días no queda alimento en Tebas que no hayas devorado y tus ataques, cada día más intensos, hacen que no dé tiempo a que vuelvan a germinar las semillas. Dinos, pues, si existe otra forma de aliviar tus ansias, pues no hay nada que un gobernante no esté dispuesto a sacrificar por salvar a sus compatriotas.

—Sabio es tu ofrecimiento, Creonte, y tal abnegación merece que establezcamos un trato. Sabed que no hay cereal en la Tierra que calme tanto mi estómago como la carne humana. Así que cada día me enviaréis como ofrenda a un hombre, al que plantearé un acertijo. Si adivina el enigma, podrá marchar vivo y yo me inmolaré lanzándome al abismo. Pero si falla, me servirá de alimento.

Creonte aceptó el trato y pidió un voluntario. Alexios, que siempre había demostrado ser el más avispado para resolver los conflictos usando como única arma su cerebro, dio un paso al frente. El rostro del noble se oscureció. De todos sus hombres, sin duda era el más arriesgado, el más joven y el que más lamentaría perder, pues aún tenía una larga vida por delante. Pero no era, debido a su escasa edad, el más sabio de todos los presentes. Pidió entonces otro voluntario, mas Alexios, despojándose de su casco, aseguró, ofendido, que debía ser él. Su mirada se clavó como una de sus flechas en el pecho de Creonte, quien, aun previendo que lo enviaba a una muerte segura, no tuvo más remedio que acceder: los dos sabían que jamás un superior debería condenar a un soldado, por joven que fuera, a vivir con la vergüenza que supone despreciar su valor en público.

Tras recibir el abrazo de todos, el impetuoso joven caminó hacia la roca donde se posaba el monstruo que, de

cerca, no le pareció tan temible, sino todo lo contrario. Saciada el hambre, aquel ser abominable tenía la mirada triste y apacible de una hermosa doncella. Sus pupilas mostraban un brillo rojizo sobrenatural, como si contuvieran la lava de un volcán, y sus alas, replegadas en sus costados, poseían una belleza que nada envidiaba a la mayor de las aves rapaces. Seducido por quien creyó que era una mujer atrapada por los designios de Hera en un grotesco cuerpo, Alexios se vio inundado de repente por una gran tranquilidad. Confiado, se acercó a la criatura, que, sin que nadie más que él lo oyera, silbó el acertijo en su oído. El joven pensó más allá de un minuto, mientras sentía rugir la impaciencia en las tripas del monstruo. Al final, agotado el tiempo, dio su respuesta.

La sangre que brotó cuando la esfinge mordió su cuello salpicó el rostro de Creonte, quien jamás lograría expiar el sentimiento de culpa que anidó en su pecho.

◇◇◇

Durante semanas, fueron muchos los voluntarios que intentaron derrotar a la esfinge, pero ninguno lo logró, así que la moral de los tebanos se fue minando al mismo tiempo que disminuía la población y crecía la hambruna. Ante la ausencia de alimento, muchos optaron por hervir plantas que causaban dolores en el vientre, por cazar los infectos roedores que se escondían en las cocinas o arrancar las tiras de cuero de las sandalias para hacer con ellas una sopa con la que engañar al estómago. Las revueltas se intensificaron cuando se anunció que ya no quedaba nadie en la ciudad dispuesto a presentarse por voluntad propia ante el monstruo, por lo que Creonte, rechazando la idea de elegir él mismo a quienes debían pro-



bar suerte ante la bestia, ordenó circular por toda Grecia un mensaje: aquel que consiguiera resolver el acertijo y acabar con el monstruo recibiría como recompensa a su hermana Yocasta en matrimonio y, con ella, el trono de Tebas. La medida fue drástica pero efectiva, pues la promesa de ganar un reino atrajo a hombres de todos los rincones, desde Macedonia a Chipre, y de cualquier tipo de clase: nobles con ansia de poder, campesinos iletrados, forasteros llegados desde tierras lejanas, aventureros que no tenían nada que perder más que su vida... Y entre ellos llegó uno que, por su estirpe, lo merecía más que nadie.

Cuando Edipo se presentó en la corte, tuvo la sensación de haber pertenecido siempre a aquel lugar. Las lujosas telas y tapices que cubrían las paredes, el mármol que reflejaba la luz de las teas y los muebles de madera con pequeñas incrustaciones de marfil le recordaban las estancias del palacio de Corinto en las que había crecido. Aquel sentimiento de pertenencia y comodidad fue tomado por el joven como un presagio de buena suerte, algo que le proporcionó al instante una enorme seguridad. Así, con la intuición de que saldría victorioso de su empresa y de que pronto ocuparía el trono desde donde lo escuchaba Creonte, dijo:

—He venido a salvar Tebas de su odiosa tortura.

El noble, cuyos esclavos le habían revelado la identidad del extranjero, ordenó que trajeran un difros para que se sentara. El príncipe agradeció la deferencia inclinando la cabeza antes de tomar asiento, mientras Creonte lo miraba de arriba abajo, calibrando su aspecto. La tersura de sus músculos y la rectitud de su espalda podían rivalizar con las suyas, pero sin duda, vestido como un vulgar campesino, con telas de

calidad incluso inferior a las que lucía la servidumbre, el corintio tenía un aspecto demacrado y no hacía honor a la nobleza que corría por sus venas. Aun así, decidió darle una oportunidad.

—Edipo, hijo de Pólibo y Peribea, dicen que abandonaste tu reino y ahora malvives sin rumbo. ¿Por qué crees gozar de lo necesario para acabar con la esfinge?

—¿Acaso dudas del valor que por mi sangre me pertenece?

—No es valor sino astucia lo que se necesita para no ser devorado por la bestia. Y por todos es sabido que la sabiduría no es buena compañera de la juventud, y de esta, amigo, tú aún tienes demasiada. Ya se ha derramado demasiada sangre joven aquí... —Hizo una pausa mientras analizaba sus gestos, pero el príncipe no se inmutó—. A la vista está que fuerza no te falta para retar al peligro, pero los músculos no bastan para convertirse en un héroe. Dime, príncipe de Corinto: ¿por qué has huido de tu tierra?

Edipo sopesó las posibles consecuencias de aquella contestación, sin saber muy bien adónde quería llegar el noble. Tras observar sus cejas arqueadas a la espera de respuesta, intuyó que solo quería disuadirle haciéndole ver que no estaba a la altura del ingenio que requería aquella empresa. El joven no se resignó:

—No es que me enorgullezca, pues no lo considero gesto de valentía sino de vileza, pero confieso que varios hombres murieron en mis manos en un fatídico accidente, más no es sangre derramada que no lamente cada día. De ahí que me haya autoimpuesto el castigo de no regresar a mi reino y, arrepentido, me haya condenado a vagar en el exilio, pues mis padres no merecen vivir con la vergüenza de mi negligente acto.

Creonte se sorprendió por la confesión del príncipe. Observó la pesadumbre y el arrepentimiento en su rostro y comprendió su dolor por haber provocado muertes involuntarias, pues también sobre la conciencia del rey recaía un pecado similar: el fallecimiento del joven Alexios, acaecido por su culpa. Sintiéndose responsable, el noble pensó que el hecho de que Edipo hubiera matado a unos hombres de manera fortuita era suficiente motivo para alejarse de su reino. Él también se habría marchado de Tebas si no fuera por la responsabilidad que, de manera indefectible, había recibido de su hermana y de todo el pueblo tebano. Así se lo expuso, dando a entender que compartía su decisión y que le parecía acertado que no regresara jamás a Corinto, la tierra donde había vertido sangre inocente. Edipo se cuidó de corregirlo, pues quería ganarse su respeto y no conseguía nada al mencionar que ese no era el lugar donde había dado muerte a los hombres. Se mantuvo callado y Creonte creyó ver en su silencio un rasgo más de que el joven era más maduro de lo que aparentaba. Cavilando la situación, se levantó de la silla, sirvió él mismo dos copas de vino y ofreció una a Edipo:

—¿Sabes a lo que me expongo dejándote ir ante el monstruo? Si fallas, mi nombre quedará mancillado por permitir que un príncipe encuentre una muerte tan indigna. Si aciertas, me ganaré mil enemigos por facilitar que el poder de dos ciudades recaiga sobre un mismo rey.

—Solo sé el futuro que os aguarda si no me dejas partir, y este no es más que la extinción de tu pueblo.

Carente de alternativas, las sabias palabras de Edipo convencieron a Creonte, quien, tras chocar las copas y beber un

trago, ordenó a dos de sus soldados que escoltaran al joven hasta las montañas donde se escondía la bestia.

◇◇◇

Al principio del trayecto, bajo el sol de la primavera, el bosque no parecía tan lúgubre como le habían hecho creer. A un lado y otro, el verdor se abría paso en los caminos, que se desdibujaban plagados de una fina hierba sobre la que, sin un orden fijo, iban naciendo las primeras amapolas. Pero conforme se acercaban al lugar indicado, los árboles copiosos que competían por un lugar donde dar fruto dejaron paso a troncos con ramas secas y un suelo cubierto de hojarasca, más propio del otoño, que los condujo a una pared de roca. Una vez allí, cerca de los montes regados de sangre, donde comenzaba a olerse la muerte de los que habían errado en el intento, los guardias reales se negaron a seguir subiendo. Alegaron que el agujero abierto en la piedra resultaba peligroso, pues podían desprenderse las rocas, y que solo habían traído cuerdas para uno, pero Edipo intuyó en sus ojos que era el temor a una muerte segura en las fauces del ser abominable lo que les impedía acompañarlo en su empresa. Así que el héroe, atado por la cintura, continuó solo el camino, cruzando el paso en apenas unos minutos. «Hasta un niño con los ojos cerrados podría hacerlo», pensó mirando con desprecio a sus acompañantes, que, allá abajo, partían de vuelta a Tebas. Tras alcanzar los peñascos, caminó unos metros por un pequeño sendero. A un lado y a otro vio correas de sandalias, ropajes raídos, un casco y huesos despedazados, y no tardó en entender por qué la escolta de Creonte no había querido llegar hasta allí. Aquel lugar olía a muerte, a sangre y a desolación. Pero el joven no estaba dispuesto a amedrentarse. Se tapó nariz y boca con el cuello de su chitón y atravesó los pequeños charcos donde se percibían restos de vísceras que, envueltas en la niebla, desprendía un hedor a podredumbre. A punto de vomitar, vislumbró los acantilados y el peñasco donde estaba posada la esfinge, que miraba hacia el abismo, y corrió hacia ella. Esta se volvió de inmediato con cara de satisfacción.

Edipo se sorprendió al ver su rostro, pues no era tan desagradable como había imaginado, sino que respondía a unas facciones ordenadas y a una piel ebúrnea, como las de una joven doria. Tan solo el fuego de la mirada rompía la armonía de sus rasgos. Su cuerpo, una amalgama de extremidades de animal, le pareció, sin embargo, la peor aberración jamás cometida por la naturaleza.

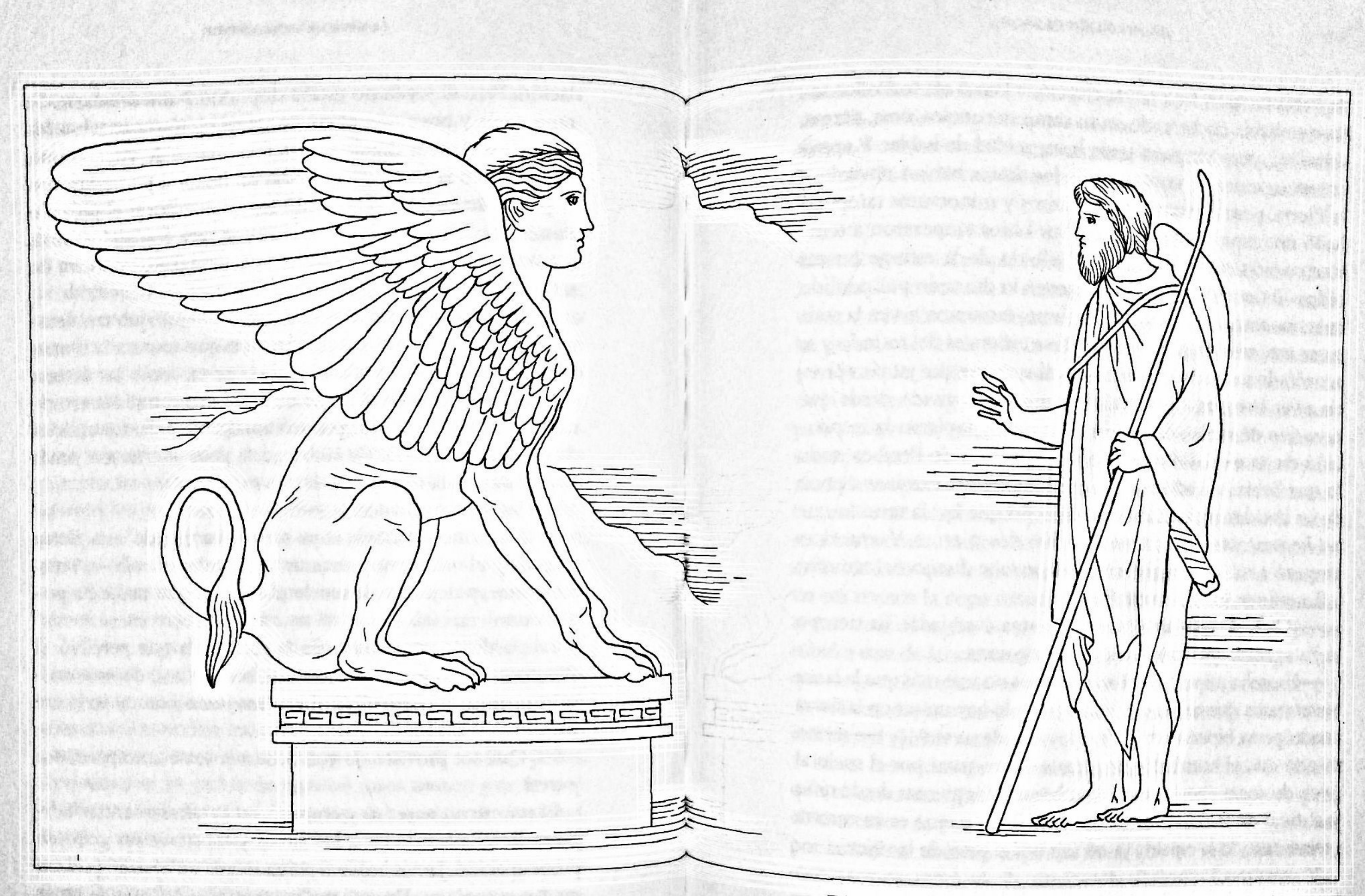
—He venido a vencerte —dijo el héroe.

—Como tantos otros cuya sangre ha regado esta tierra —graznó el monstruo mientras balanceaba su cola—. Acércate, pues, y deja que te revele el enigma que nadie ha podido resolver.

Edipo dio unos pasos hacia la roca hasta que percibió el aliento caliente y putrefacto de la bestia. Cuando esta tuvo la boca en su oreja, deslizó el enigma junto con un irritante silbido:

—¿Qué ser provisto de voz tiene a la vez cuatro patas, dos y tres?

El monstruo se retiró y empezó a relamerse mientras Edipo se llevaba los dedos a los labios y mostraba un gesto de preocupación. Jamás hubiera pensado que un acertijo pudiera ser tan complejo. ¿De qué podía tratarse? ¿Qué animal capaz



Edipo dio unos pasos hasta que percibió el aliento putrefacto de la bestia.

de hablar respondía a tal descripción? Pensó en todos los seres que había encontrado en su camino: conejos, ocas, perros, caballos... pero ninguno tenía la capacidad de hablar. Repasó entonces todas las criaturas que los dioses habían enviado a la Tierra, pero entre centauros, sátiros y minotauros tampoco halló una especie que encajara. Sus labios empezaron a temblar cuando sintió de nuevo el silbido de la esfinge en sus oídos. El tiempo se agotaba y el joven lo dio todo por perdido cuando, como si fuera un espejismo, comenzó a ver la vida pasar ante sus ojos. Quiso despedirse entonces del mundo y se acordó de sus padres, Pólibo y Peribea, a los que jamás volvería a ver. Pero, de repente, al repasar todo lo vivido desde que tuvo uso de razón, fue como si las musas soplaran la inspiración en su oído. Edipo recordó las palabras de Peribea, todo lo que había luchado para que su hijo lograra caminar a pesar de las heridas de sus tobillos; lo mucho que había temido que no llegara nunca a sostenerse sobre dos piernas. Y entonces empezó a reír con la risa de quien se sabe dueño del triunfo.

La esfinge lo miró extrañada:

—¿Osas afrontar tu muerte con una carcajada? Tu tiempo se ha agotado y debes darme una respuesta.

—Escucha mi voz, cruel asesina, pues no trae más que la lanza envenenada que te causará la muerte: solo hay un ser en la tierra cuadrúpedo, bípedo y trípedo a lo largo de su vida, ¡y ese ser no es otro que el hombre!, que gatea a cuatro patas por el suelo al poco de nacer, camina erguido sobre sus dos piernas desde niño y, al final de sus días, se apoya en un báculo, que es su tercera pierna cuando la espalda ya no soporta el peso de la vejez.

Y mientras Edipo reía consciente de su éxito, se apagaron las llamas en los ojos de la esfinge, que batió sus alas alzándose

en vuelo hasta lo más alto para tapar por última vez el sol. Una vez allí, emitió un grito que estremeció a los tebanos y que el viento llevó hasta el Ática, mientras se lanzaba en picado sobre los acantilados, donde las escarpadas rocas la hicieron añicos.

◇◇◇

Cuando los escoltas, que habían regresado sobre sus pasos al ver la caída del monstruo, lo distinguieron bajando de las montañas veloz y triunfante, no dudaron en conducirlo a hombros hasta las puertas de Tebas. Allí, hombres y mujeres, jóvenes, ancianos y niños, que habían oído el escalofriante chillido moribundo de la esfinge, se agolpaban ya en las calles que rodeaban el ágora para recibir con palmas al salvador de la ciudad. Aulós y flautas sonaron conforme el héroe cruzaba el acceso principal y los ciudadanos pudieron conocer por fin su rostro, que se iluminaba conforme llegaba más y más gente. Edipo agradeció la calurosa bienvenida, inclinó la cabeza para dejarse ceñir los laureles de la victoria que le acercaba una hermosa muchacha y tomó en sus manos la copa rebosante que le ofrecían. Así, coronado como vencedor, dio un generoso sorbo de vino, tras el que se subió a una de las columnas. Cuando los soldados consiguieron que se guardara silencio, se dirigió a todos los presentes:

—Tebanos, he vencido al monstruo. ¡Se acabó la penuria en esta tierra! ¡Tebas vuelve a ser libre!

Hasta los oídos de Creonte llegaron los cánticos de júbilo que, al grito de «¡Edipo rey!», reclamaban la recompensa para el libertador de la ciudad. Durante el recorrido que iniciaron por las calles, cubiertas ya por las flores que los niños lanzaban a su paso, los postigos de las ventanas se abrieron de nuevo y fue como si la luz inundara otra vez cada rincón de Tebas. Un sol

radiante alejaba las sombras del miedo, y llegaba para quedarse y devolver al reino su brillo de antaño. A la altura del templo de Deméter, la muchedumbre, cada vez más enfervorecida, cogió al héroe en volandas y, sin dejarle pisar el suelo, lo condujo calle arriba hacia el palacio real.

Cuando Edipo pisó por fin la escalinata, Creonte ya había dado las órdenes oportunas: una fila de esclavos recibió al joven y lo condujo al interior, donde lo desnudaron, lo ayudaron a purificarse con agua, le recortaron la barba, lo ungieron en perfume y lo cubrieron con una larga túnica roja que llegaba hasta sus lacerados tobillos. Una vez estuvo listo, lo llevaron en un carro al ágora, que estaba llena de tebanos que entre vítores agitaban palmas y ramas de olivo. En medio de la plaza, a la vista de todos, se encontraba el trono de mármol blanco que llevaba esculpida la figura del león, símbolo de Tebas. Sentado en él, erguido con dignidad, permanecía Creonte y, un poco más atrás, rodeada por los miembros más antiguos del consejo, la reina, cubierta por un velo. El clamor que se elevó cuando apareció Edipo fue ensordecedor y nadie hubiera jurado nunca que un pueblo hambriento y devastado durante meses por la tragedia pudiera contener aún tanta fuerza para gritar. Esa fortaleza no podía provenir de otra fuente que de la esperanza.

Tras subir el héroe al estrado, el sonido de las trompetas hizo callar a la multitud. Creonte se levantó del trono, se acercó a Edipo y lo abrazó como a un hermano, pues, a pesar de la frialdad que muchos le atribuían, así lo consideró desde ese momento. Después de entregarle el báculo, inclinó la cabeza y se dirigió con voz solemne a sus súbditos:

—Ciudadanos de Tebas, es justo cumplir la palabra dada. ¡Saludad a Edipo, nuestro nuevo rey!

4

La maldición se cierne sobre Tebas

¡Cuántas veces, durante las dos décadas posteriores, habría rememorado Edipo el día de su coronación como rey de Tebas! Y cuántas, en aquel tiempo casado con Yocasta, habría recordado que aquel también fue el día en que se enamoró de ella.

La reina viuda, cuya mano le había sido concedida a Edipo por Creonte como recompensa a su sagacidad y valor, no era una mujer cualquiera, y el joven lo percibió desde el primer momento. Yocasta había gobernado con fidelidad al lado de Layo y, tras la muerte trágica de este, había hecho lo propio junto a su hermano. Los súbditos la admiraban, no solo por su belleza, impasible a pesar de las desgracias y la madurez que le otorgaba el tiempo, sino también por haber tenido el temple de reinar con bondad y amor a su pueblo, incluso después de haber vivido las desgracias y dificultades por las que había pasado Tebas.

—Afortunados los ojos que en los tuyos se reflejan —había acertado a decir Edipo nada más apartar por primera vez el velo que cubría el rostro de la que pronto sería su esposa.

La mirada transparente y azul, como un salto de agua en primavera, la piel aún tersa y sonrosada en las mejillas, los bucles que caían con armonía a un lado y otro de la cara hasta rozar la gargantilla de oro labrado que abrazaba su delicado cuello... Edipo cayó rendido de inmediato e incluso no tuvo reparos en clavar la rodilla en el suelo, ante todo el pueblo que iba a gobernar, mientras sostenía la mano de Yocasta. Aquel gesto, toda una declaración de amor a una mujer y una muestra de sumisión a la ciudad, le valió el corazón de la reina y, una vez más, el respeto de los tebanos, que no dudaron en arrodillarse frente a su nuevo rey.

Yocasta también lo amó desde el primer momento, no solo por el valor que había demostrado, sino por la audacia y el tesón que, vencida la esfinge, siguió demostrando con sus acertadas palabras.

—Esposa, a ti te corresponde por edad y posición enseñarme a dirigir este reino pues, aunque yo soy príncipe por linaje, tú tienes más experiencia en gobernar esta tierra en la que aún me siento forastero.

—No te preocupes, esposo; si una ciudad se ha postrado ya a tus pies, no habrá impedimento para que una reina te ame en consecuencia, te dé hijos y te guíe en lo que pueda.

A pesar de que Yocasta le doblaba la edad, sus rasgos aún eran suaves como los de una niña, sus labios seguían teniendo el tacto de las amapolas y sus ojos mostraban el mismo brillo ilusionado que los de su nuevo marido. Su cabello, recogido en un rodete, se deshizo en largos mechones cuando Edipo le acarició el cuello para besarla esa noche en la cámara nupcial. Sin dejar de mirarla, sintiendo el escalofrío de quien ama por vez primera, el recién nombrado rey deslizó tembloroso las fíbulas que sujetaban en los hombros el vestido de Yocasta. La tela cayó con lentitud, entreteniéndose en las curvas y descubriendo la gracilidad de un cuerpo que hasta una virgen hubiera envidiado. Sin dudarlo, Edipo la reclinó sobre las sábanas y la hizo suya. Ella lo correspondió solícita, pero no pudo evitar estremecerse al abrazar la fornida espalda del joven y sentir la calidez de su pecho, pues la textura de la piel y la disposición del vello le hicieron recordar por un instante al desgraciado Layo.

Satisfecho el deseo, mientras observaban exhaustos desde el lecho la intensa tormenta que se había desatado fuera, Yocasta lo acogió en su regazo y dejó caer su larga melena sobre él. Sintiéndose protegido y amado, abrazado como un niño pequeño al vientre de su madre, Edipo le susurró:

—Tengo por seguro que tanta belleza me cegará algún día.

◇◇◇

Las mil noches que siguieron a aquella trajeron consigo cuatro embarazos. El primer hijo del matrimonio fue un varón, Eteocles, que recibió de su progenitor sus músculos y su temperamento. El segundo, Polinices, nació poco después y heredó la audacia de su padre. Unos años más tarde, llegaron las niñas: Ismene, tan parecida en cuerpo y mente a su madre, y Antígona, que, a pesar de ser la más joven, siempre mostró madurez y una gran fortaleza. La fertilidad de Yocasta había sido bienvenida por los tebanos, a pesar de que los astros

parecían haberse confabulado para que, con cada nuevo hijo, la prosperidad fuera alejándose del reino. Así, el nacimiento del primogénito vino acompañado de una sequía que arrasó los campos. La llegada de Polinices, de una serie de epidemias que hicieron morir al ganado. La joven Ismene trajo una plaga de gusanos que acabó con los cultivos, envenenó la tierra y expandió de nuevo el hambre. Y el alumbramiento de Antígona coincidió con dos meses de tormentas que inundaron las calles y desbordaron los ríos, haciendo que el agua se lo llevara todo a su paso. Fue así, precedida por estos desastres, como se sembró la desgracia absoluta.

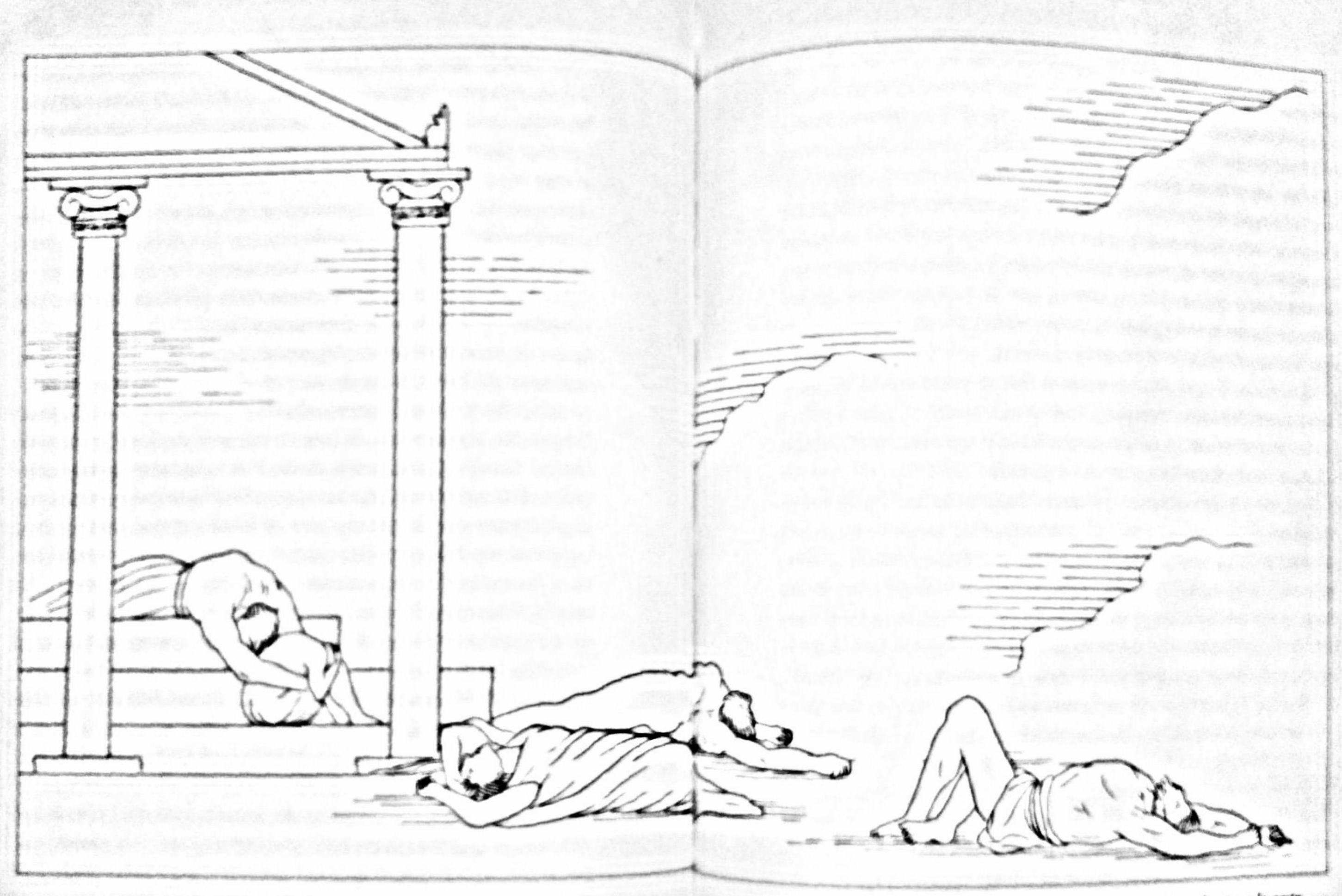
Veinte años después de la proclamación de Edipo como rey de Tebas, los males habían minado la salud de la población, el reino se encontraba devastado y, como consecuencia de los largos períodos de inundaciones y sequías, no tardó en desatarse la peste. Del mismo modo que había ocurrido hacía años, cuando murió la esfinge, los tebanos acudieron con varas de olivo a las puertas del palacio real, pero esta vez no para vitorear a Edipo sino para pedirle que salvara a la otrora próspera ciudad. Alarmado por el ruido que ejercía la muchedumbre al agitar las ramas, el monarca salió al atrio y observó horrorizado los rostros desnutridos de sus súbditos y la huella que, en forma de llagas, comenzaba a dejar la enfermedad en sus lacerados cuerpos. Quizá no eran más de cien los que allí se reunían, pero la imagen de su gente sufriendo se clavó como una saeta en su pecho. ¿Qué había hecho mal para llegar a aquella situación? ¿Por qué los dioses castigaban a su gente de esa manera cruel? Tras acercarse a los más ancianos y escuchar las peticiones de los portavoces, se dirigió directamente al pueblo:

—Tenéis razón en quejaros de la epidemia que asola Tebas, mas esta no es consecuencia de nuestros actos, sino de las maldiciones que, sin duda, se ciernen desde hace años sobre esta tierra. Sabed que hace días envié a Delfos a Creonte, al que tengo por mi mano derecha, para que consultara al dios qué debemos hacer para salvarnos, pues solo la luz de la sabiduría de Apolo nos puede mostrar la salida de la oscuridad en la que hoy nos vemos sumidos.

No hubo terminado de decir estas palabras cuando los súbditos allí reunidos se dispersaron hacia los lados, como las aguas de un océano, para dejar paso a una cuadrilla. Creonte, tras tirar de las riendas de su corcel, que emitió un sonoro relincho, bajó del carro, saludó al consejo y se dirigió a Edipo. Su aspecto tras el largo viaje era deplorable, con el manto lleno de polvo tras dormir al raso, pero aun así no quiso detenerse más que un segundo a lavarse las manos en la palangana que le ofrecía uno de los sirvientes antes de dirigirse al rey. No apartó la mirada de este, quien percibió en sus ojos un brillo esperanzador. El hermano de su esposa lo saludó fríamente, lo tomó del brazo e hizo ademán de entrar en palacio, pero Edipo lo detuvo:

—No hay nada, viejo amigo, que yo deba ocultar a mis súbditos. Habla, pues, ante estos y dinos sin dilación qué ha resuelto el oráculo.

—Si así lo queréis, así sea. —Y volviéndose para que los presentes pudieran oírlo, prosiguió—: Sabed que el asunto atañe a todos los tebanos, pues la peste que inunda esta ciudad es fruto del castigo que los dioses han querido imponernos por el impune crimen de sangre que se cometió contra Layo y que fue pertrechado por alguien nacido en esta misma tierra.



El reino de Tebas se encontraba devastado, y no tardó en desatarse la peste.

Un silencio, seguido de desconfianza, se apoderó de los hombres allí concentrados, que comenzaron a desviar la mirada hacia sus vecinos. Creonte se dirigió entonces hacia Edipo, quien había permanecido quieto, escuchando, rodeado de los más ancianos, como un ciudadano más:

—Sangre tebana derramada por un tebano. Ese es el atroz pecado cometido y ahora la cólera divina se cierne sobre el pueblo que no persigue al culpable. Es nuestro deber, rey, encontrar a quien mató a Layo, pues de su expulsión de Tebas depende que regrese la prosperidad a esta tierra. Así lo ha dicho el oráculo y así debe hacerse.

Entonces Edipo dio un paso al frente y, tomando el lugar que hasta entonces ocupaba Creonte, le puso la mano sobre el hombro en un gesto de fraternidad y agradecimiento, tras el cual se dirigió de nuevo a su pueblo:

—Juro —dijo alzando el dedo índice hacia los cielos— que no pararé hasta que encontremos al asesino de Layo, al que maldigo desde este momento por haber traído la desgracia a este reino. Y juro que no quedaré satisfecho hasta que entre todos lo hagamos salir de Tebas, condenado al exilio, del que no regresará jamás y en el que tendrá que convivir con la desgracia y el infortunio que merece. ¡Por Tebas!

—¡Por Tebas! —respondieron al unísono todos los presentes con la esperanza de quien vislumbra una salida.

◇◇◇

Las siguientes semanas sumieron al reino en un estado de desconfianza, miedo y persecución. A todas horas, en cualquier lugar, ya fuera en la inmensidad del ágora, en las abarrotadas calles del mercado o en la intimidad de las viviendas, los

soldados de Edipo, al mando de Creonte, irrumpían aquí y allá, espada en mano, para interrogar a cualquiera que pudiera saber algo de la muerte del antiguo rey de Tebas, cuyo cadáver había aparecido, junto al de uno de sus escoltas, tirado en un camino de la Fócide. Su heraldo, que había conseguido huir de la emboscada, fue interrogado en su día, pero ninguna pista pudo aportar para hallar al culpable, salvo asegurar que el asesino, un joven moreno y corpulento, no parecía, al menos por su acento, ciudadano de Tebas. Este relato, pensaba ahora Creonte, contradecía lo dicho por el oráculo. ¿Había mentido el heraldo conscientemente? ¿O tal vez no había reconocido a uno de sus conciudadanos?

Mientras Creonte buscaba alguna otra pista, Tebas pareció agitarse como las copas de un bosque azotado por el viento. Cualquier detalle podía ser útil para dilucidar qué ocurrió, pero habían pasado ya dos décadas y la memoria de los ciudadanos que aún recordaban algún detalle de entonces había sido víctima del engaño del tiempo. Entre los tebanos comenzaron a circular acusaciones infundadas, fruto de viejas envidias y rencillas entre vecinos. A pesar de todo, cada vez se comprobaba que los acusados no sabían nada del tema. Mas Creonte, que no estaba dispuesto a renunciar a ningún indicio que lo llevara hasta el asesino de su cuñado, decidió no darse por vencido. Si no existía forma humana de descubrir al culpable, no había más remedio que acudir a la ayuda divina. Y nadie mejor para ello que Tiresias, el adivino a quien los dioses habían confinado a vivir a las afueras de Tebas.

Cuando el adivino oyó los carros que se acercaban sin dilación, se alegró, pues ya hacía días que los estaba aguardando sentado a las puertas de la cueva donde vivía.

—Ah, Creonte —dijo antes de que este hablara, mientras sus ojos se nublaban como el cielo—, te he estado esperando: por fin vienes a llevarme ante Edipo para que resuelva el misterio de la muerte de Layo.

—No esperaba menos de ti, viejo Tiresias —dijo Creonte mientras ordenaba con un gesto a sus guardias que lo ayudaran a levantarse y lo subieran al carro—. Sobran entonces las palabras, pues no se puede ocultar nada a un adivino. Espero que tú tampoco nos ocultes la verdad, si es que la sabes.

—Tal vez no sea grato para algunos conocerla...

◇◇◇

Durante todo el trayecto, Creonte estuvo pensando qué había querido decir el anciano con aquellas palabras. ¿Sabía quién había sido el magnicida? Y, si era así, ¿por qué nunca lo había delatado? ¿Qué consecuencias podía traer para Tebas la revelación del nombre del asesino más allá del fin de la desgracia? Absorto en sus pensamientos, permaneció en silencio y apenas se dio cuenta de que se encontraba en palacio hasta que vislumbró la figura impaciente de Edipo, que deambulaba de un lugar a otro en el salón del trono.

Nada más verlos, el rey ordenó a los sirvientes que trajeran fruta y vino para los recién llegados, y un asiento para el anciano.

—¡Oh, Tiresias, profeta entre los profetas! Tú, al que los dioses privaron del sentido de la vista, ayuda con tus augurios a esta ciudad maltratada por la plaga y sálvala de la muerte.

El ciego, sin embargo, pareció no oír su plegaria, pues tardó en responder. Se dejó sentar con ayuda y, con los ojos

perdidos en la nada, esperó a que se calmaran los ruidos de pasos y respiraciones agitadas que lo rodeaban. Cuando esto hubo ocurrido, asió con dedos temblorosos la copa que un esclavo ponía entre sus manos y, tras acercársela a la nariz para oler su contenido, se la llevó a los labios. Dejó escapar entonces un profundo suspiro y, al fin, acertó a decir con cierta ironía:

—Ay, Edipo, tu audacia derrotó a la esfinge, mas no es capaz ahora de intuir siquiera quién es el culpable de la maldición de esta tierra... Déjame volver a casa y los dos soportaremos mejor la carga que se nos viene encima.

—¿Te niegas, anciano, a mostrar el camino hacia la salvación al pueblo que tan gentilmente te ha alimentado durante años?

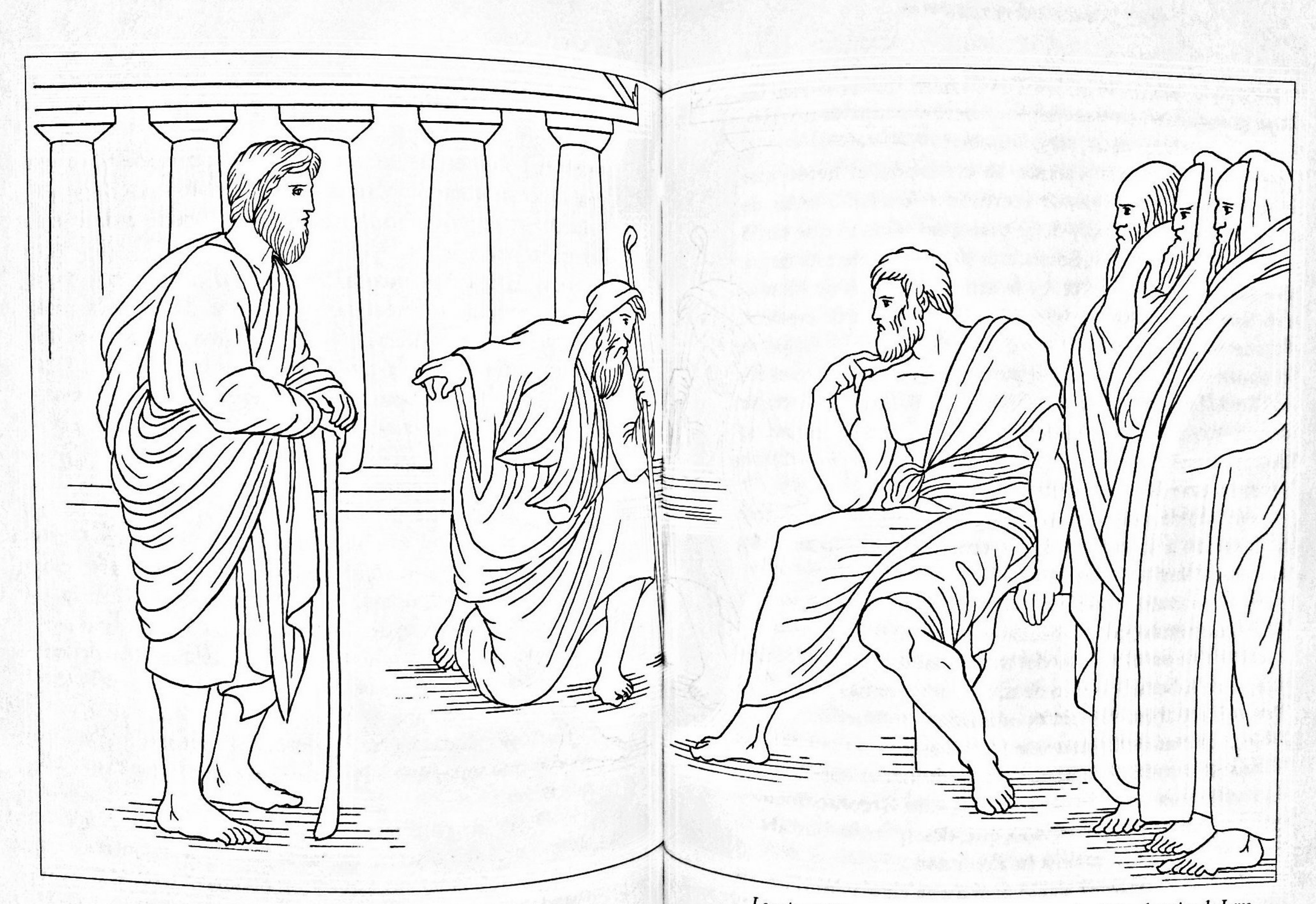
—¡Me niego a traerle más desgracias! —repuso el anciano con cierta violencia en la voz.

Con gusto lo hubiera hecho azotar allí mismo, pero Edipo se contuvo y, en silencio, lo rodeó lentamente con pequeños pasos que se cuidó de que oyera bien el adivino. Cuando lo tuvo frente a frente, se detuvo y acercó su rostro a los ojos nublosos del anciano, que ni se inmutó. Agitó una mano delante de su cara, esparciendo en el aire el aliento espeso del viejo, que volvió a suspirar.

—¿Acaso dudas de mí? —preguntó Tiresias—. Pues es preciso que sepas que aquí no hay más ciego que el que no quiere ver.

—Déjate de palabras vacías y dinos dónde se esconde el asesino de Layo o yo mismo te expulsaré de esta tierra.

Los ojos del anciano parecieron oscurecerse como el cielo cuando se avecina la tormenta.



Los ojos de Tiresias parecieron oscurecerse antes de señalar al asesino de Layo.

—Si así lo quieres, te lo diré. Has de saber que el asesino de Layo se encuentra en este mismo palacio y ocupa su trono.

—¿Qué quieres decir, viejo innoble?

—¿No lo adivinas? ¡Cuánto ha cambiado el héroe que en otra época sabía desvelar acertijos! —exclamó antes de beber un sorbo de vino y dejar paso a un silencio que tardó segundos en romper—. Edipo, eres tú el azote de esta tierra.

Agotada la paciencia, el rey le arrancó la copa de las manos, agarró al adivino por el cuello y lo hizo caer de espaldas. El cuerpo de Tiresias golpeó el mármol cuando Edipo se abalanzó sobre él dispuesto a partirle el cayado en la cabeza. Lo habría estrangulado allí mismo para hacerle tragar sus propias palabras, si no hubiera sido porque Creonte lo detuvo. Edipo se revolvió contra este mientras el anciano, desorientado, clamaba piedad desde el suelo.

—¡Suéltame, por los dioses! —gritó el rey revolviéndose y apartando a su cuñado de un empujón—. ¿No será esta acusación cosa tuya, Creonte?

—¡Ah, ingrato! ¿Qué quieres decir con esas palabras?

—Que tuya ha sido la idea de traer a este desgraciado que me acusa de ser el motivo del mal de Tebas. ¡Y que esa idea no puede haber salido sino de ti, que siempre has pretendido este trono y ahora ves una oportunidad de tenerlo!

—¿Acaso no he demostrado ser tu amigo más fiel durante todos estos años? ¿Me acusas ahora de haber sobornado a este viejo para que mienta? —se defendió Creonte mientras ayudaba a levantarse al adivino, que, desesperado, buscaba su bastón tanteando el suelo a su alrededor.

—¡Te acuso de haber traído aquí a este charlatán! ¿Por qué no recurriste a él para desvelar el acertijo de la esfinge? ¿Dónde estaban entonces sus poderes? Y cuando murió Layo, ¿por qué no señaló al culpable? ¿No será que todo él es una estafa y tú el instigador de una farsa mal orquestada?

Antes de que Creonte, que se interpuso con los puños cerrados en actitud desafiante entre el rey y el anciano, pudiera decir nada, Tiresias contestó por él con voz profunda y temblorosa:

—No respondo yo ante los mortales, ni ante Creonte ni ante ti, rey Edipo, pues solo respeto a los dioses, que es a quienes debo mi existencia. Y ellos son los causantes de mi silencio durante años. Mas ya nada importa, pues poco queda para que se revelen los secretos... Si dudas de mis poderes y del amigo que ha estado junto a ti en el trono, envía a tus hombres a buscar a un pastor llamado Menetes, que guarda su rebaño en la falda del Citerón, pues él te aportará la luz que necesitan tus ojos, que sin duda están más ciegos que los míos.

Como guiado por un poder divino, el anciano logró levantarse haciendo uso de su cayado y se dirigió él solo hacia la salida, mientras desoía los gritos del rey, que le ordenaba que se quedara. Antes de franquear la puerta, el adivino se volvió:

—Yo solo respondo ante Apolo, aquel que hace años te desveló la maldición que se cernía sobre ti y al que tú tan bien conoces, aunque finjas haberlo olvidado: La profecía de la que no puedes huir y de la que hoy Tebas es víctima.

Las palabras de Tiresias revolvieron las entrañas de Edipo al traer de nuevo a su presente los miedos que creía haber dejado atrás cuando tomó la decisión de no regresar a Corinto. Se dio cuenta enseguida de que se había equivocado

al prejuzgarlo: el anciano no podía ser un impostor, pues ¿de qué otro modo podría conocer la revelación que, tantos años atrás, le había hecho el oráculo de Delfos? Abatido, el rey se sentó en su trono. Miró a Creonte, que permanecía de pie en medio de la sala, aún con la tensión acumulada en sus brazos. Recapacitó un momento. ¿Cabía alguna posibilidad de que aquel hombre al que había matado hacía años a su regreso de Delfos fuera Layo? Pero pronto desechó la duda: no existía ninguna, pues la profecía aseguraba que este había muerto a manos de un tebano, y él tenía por cierto que era hijo de Pólibo, corintio, y Peribea, doria. Sobre Edipo, que reinaba en aquellas tierras como extranjero, no podía existir sospecha alguna. Pero si la sangre tebana no corría por sus venas, ¿por qué Tiresias había relacionado la muerte de Layo con la maldición que años atrás le había hecho abandonar Corinto para no matar a su padre?

Angustiado por no hallar respuesta que lo convenciera, Edipo levantó la cabeza y creyó ver al único culpable posible. Le ordenó que se apartara de su vista y, una vez que Creonte se hubo marchado, no sin antes lanzarle una mirada de desafío, ordenó a sus guardias que fueran en busca de Menetes, el pastor del que había hablado Tiresias.

◇◇◇

Reclinada en el lecho, a la luz de las lucernas, Yocasta mesaba el cabello de Edipo, que, abrazado a su vientre, descansaba desnudo y exhausto sobre ella. Conocía bien a su marido y sabía que una visita a su alcoba a aquellas horas solo podía ser fruto de las preocupaciones que asaltan por las noches la mente de quienes tienen por trabajo dirigir todo un reino.

A Layo le ocurría lo mismo. Tantas veces había acudido a dejarse aconsejar entre las sábanas que podría decirse que las decisiones más difíciles en el gobierno de Tebas se habían tomado en su lecho bajo la mirada cómplice de las estrellas. Una vez más, envuelto en los brazos de su esposa, ahora un rey buscaba solución a sus problemas. Yocasta encontró un lugar para sus dedos entre los rizos de su esposo y le acarició la cabeza con suavidad. Edipo emitió un pequeño suspiro.

—Solo contigo encuentro consuelo en este reino.

—Dime, amado mío, qué turba tu mente —le susurró la reina al oído.

—Las maldiciones que nos envían los dioses, para quienes no somos más que un juguete con el que distraerse. Esos malditos designios que siempre se cumplen de manera inevitable.

—Amado, no vivas como el pobre Layo, siempre temiendo, pues has de saber que a veces los mortales podemos burlar las profecías. Déjame que te cuente algo que te tranquilizará, pues yo misma logré salvarme del trágico destino que se me había asignado.

Edipo alzó la cabeza y la miró sorprendido, pues nunca antes había oído a su esposa contradecir a los dioses. Al ver la extrañeza en sus ojos, Yocasta le reveló que, hacía años, Layo y ella habían decidido no tener hijos, pues el oráculo les había asegurado que el rey de Tebas moriría a manos de su primogénito. Los ojos de la reina comenzaron a llenarse de lágrimas al desvelarle que, a pesar de las precauciones que habían tomado, ella había quedado encinta y había dado a luz al bebé que estaba destinado a causar la muerte de su marido pero, para evitarlo, en un intento desesperado, habían

ordenado que el niño fuera expuesto en el Citerón para que las fieras lo devoraran. De este modo, lograron engañar a los dioses y, finalmente, Layo no fue asesinado por su hijo, sino por un asaltante de caminos cualquiera que lo había sorprendido durante un viaje.

Edipo se separó de los brazos de Yocasta y la miró horrorizado. No podía creer que su esposa, aquella a quien creía conocer, hubiera sido capaz de cometer atrocidad semejante. ¡Derramar la sangre de un inocente intentando huir de lo escrito! El rey la apartó de su lado y recogió su chitón del suelo, dispuesto a marcharse de allí. Yocasta intentó retenerlo para contarle el resto de la historia, aquella que la implicaba a ella como parte del horrendo incesto profetizado por el oráculo. Pero fue inútil, pues Edipo no quiso escucharla.

—¡Una esposa no debería ocultar secretos a su marido! —gritó él.

—Ni un esposo debería guardar silencio cuando durante años su mujer le pregunta por qué abandonó su tierra y se condenó al exilio —le respondió ella, haciendo patente una espina que desde hacía años llevaba clavada en el corazón.

Edipo se quedó paralizado, herido en su orgullo, pues Yocasta tenía razón al reprocharle que nunca, a pesar de la insistencia, hubiera compartido con ella el horrible destino que, según el oráculo, lo aguardaba sin remedio a él y a sus progenitores. Mientras el rey se vestía, una sirvienta que en otras circunstancias hubiera pagado su intromisión con unos azotes, irrumpió por la puerta para avisarlos de que un mensajero acaba de llegar con urgencia desde Corinto.

Así, aún con el pelo revuelto y a medio vestir, entró Edipo en el salón real para oír la noticia de que Pólibo había

muerto y de que Peribea lo reclamaba en palacio, pues a él le correspondía por herencia ocupar el trono del reino. Más allá del dolor que le supuso la noticia del fallecimiento, una mezcla de extrañeza, incomprensión y alegría se agitó en su interior. Edipo despidió al mensajero y acto seguido se giró hacia Yocasta, que había corrido a su lado. Lanzó un profundo suspiro y, tomándola por los brazos, la atrajo hacia sí, apoyó la frente en su pecho y rompió a llorar. Esta lo correspondió con un beso en la cabeza, al igual que las madres consuelan a sus hijos. Si Pólibo había muerto por causas naturales, la profecía que años antes había sido anunciada en Delfos ya no se cumpliría jamás.

◇◇◇

A la mañana siguiente, dos soldados de la guardia real arrastraron a un hombre encapuchado por el atrio del palacio en medio de un gran estruendo. Llorando y pataleando, el reo se resistía pidiendo clemencia, pero los soldados fueron inflexibles y lo condujeron desde la entrada hasta la sala de audiencias del rey. Alertada por los gritos en el corredor, Yocasta y su hija Ismene salieron de sus cuartos y se preguntaron quién era ese hombre que chillaba como un cordero al que llevaran al sacrificio. «Es Menetes, un viejo pastor de cabras», le dijeron. «¡Menetes!», repitió ella con labios temblorosos al recordar aquel nombre y la triste historia que hacía décadas los había unido. La reina esperó a que llevaran al prisionero ante el rey y ordenó a Ismene que vigilara el pasillo mientras ella se escondía tras uno de los largos tapices que adornaban la sala.

Cuando Edipo entró y vio al pobre y harapiento hombre con las manos ligadas, preguntó por qué lo habían atado.

Al parecer, los soldados lo habían localizado justo en el lugar señalado por Tiresias, cuidando de un rebaño, pero nada más percibir la presencia de estos había dejado solas a sus ovejas y había echado a correr, intentado escapar. A pesar de que el pastor conocía todos los senderos de aquellos lares, no logró ir muy lejos: sus piernas, aunque robustas tras años caminando por las cañadas, eran cortas y lentas, por lo que los jinetes lo apresaron enseguida cerca de un riachuelo.

Ahora, postrado ante el rey y con la cara ya descubierta y el cuerpo lleno de morados, no parecía peligroso. Edipo lo analizó fríamente durante un rato, mientras con los dedos daba pequeños golpecitos en el brazo del trono en el que, con toda la majestuosidad que le otorgaba su larga túnica roja, permanecía sentado. Esperó a que llegara Creonte, quien se presentó sin más dilación al cabo de unos minutos. Ambos se rehuyeron la mirada y, levantándose Edipo para mostrar el descubrimiento, sentenció:

—Ahí tienes al culpable.

El asustado reo, que no paraba de sollozar en el suelo, no se atrevía a mirarlos de frente y se ocultaba tras el largo cabello y la espesa barba que cubría cada centímetro de su sucio rostro. Finalmente, cumpliendo la orden de Creonte, un guardia le sostuvo la cabeza con ambas manos para que su mirada se cruzara con la del monarca.

—Así que tú eres el asesino de Layo —dijo al fin Edipo—. ¡Un simple y pobre pastor acabó con la vida del rey de Tebas!

—¿Yo? ¡No, señor! ¡Piedad!

—¿Acaso niegas la evidencia? Bien es sabido que los inocentes no huyen al ver a los soldados del rey —sentenció Creonte.

Menetes trató de defenderse, excusándose en que nada sabía de la muerte de Layo. Ligeramente cansado de aquella situación, Creonte ordenó a sus guardias que lo abofetearan pero, a pesar de los golpes, el detenido siguió jurando por Zeus que nada sabía de aquello. Cuando la primera gota de sangre brotó del labio del pastor, Edipo alzó la mano y preguntó:

—Entonces, si niegas haber cometido el magnicidio, ¿por qué Tiresias, que todo lo ve y lo conoce porque así lo quieren los dioses, nos ha llevado hasta ti?

—Señor, yo... juré por mi vida no decirlo nunca...

—Tu vida ya no vale nada, pues con esas palabras has demostrado que algo sabes. ¡Así que habla, traidor!

Presionado, el pastor contó lo ocurrido hacía años en las caballerizas del palacio: cómo Layo le ordenó deshacerse de su hijo en las montañas del Cicerón y cómo él, conmovido por la dulzura del pequeño e incapaz de cometer un crimen tan atroz, había desoído las órdenes del rey y lo había entregado en un capazo a Herenio, un boyero de Corinto, quien lo había llevado con él para salvarle la vida.

Un suspiro inesperado hizo que todos los presentes se volvieran hacia una de las telas que cubrían las paredes, tras la que apareció Yocasta notablemente airada.

—¡Tú! —dijo señalando a Menetes—, ¡maldito sea tu nombre! Juraste abandonarlo para que no pudiera cumplirse lo escrito, para que ese niño no creciera y no pudiera dar muerte a su padre y gobernar esta tierra tras hacerme su esposa, cometiendo el más horrible de los incestos.

Esa revelación cayó como un jarro de agua fría sobre la espalda de Edipo. ¡Incesto! Jamás Yocasta había mencionado

esa parte de la profecía, que era idéntica a la que él había oído de boca de los sacerdotes en su visita a Delfos. Mientras Creonte detenía a Yocasta para que no mancillase sus manos arañando al reo, los hechos empezaron a atarse como los nudos de un tapiz en la mente de Edipo. Él, famoso por su audacia, ganador de un reino tras vencer a una bestia armado tan solo con el infalible poder de su ingenio, no había sido capaz de darse cuenta de la tragedia de la que, sin sospecharlo siquiera, formaba parte.

Presa de un ataque de nervios, Yocasta intentó zafarse de los brazos de su hermano y, poco a poco, derrotada, fue resbalando hasta caer a los pies de este.

—¡Tranquilízate! —le ordenó Creonte—. Si es verdad lo que dice este pastor, si es cierto lo que auguró Apolo, el asesino de Layo no puede ser otro que el hijo que tuviste con él, un príncipe perdido que podría ser cualquiera. Dinos, Menetes, si quieres que perdonemos tu vida, si aquel niño tenía alguna marca de nacimiento, algún lunar o antojo que nos permita reconocerlo ahora que es adulto, pues juro que removeré todo Tebas y todo Corinto si hace falta hasta encontrarlo.

Edipo se fijó en Yocasta, que lloraba desesperada, aún con la cabeza en el suelo, y comenzó a apretar los dientes para contener su rabia. El corazón se batía en duelo en su pecho como el día que derrotó a sus compañeros en la palestra. La sangre le ardía igual que en aquella encrucijada en la que, airado y fuera de sí, había asesinado a quien le cortaba el paso. Los nervios y la duda se apoderaron de su vientre con la misma sensación que experimentó antes de responder el acertijo que derrotó a la esfinge. Su respiración se hizo más y

más densa, como si de repente se encontrara zambullido en un océano de angustia mientras el pastor contestaba, revelando así el dato que más temía escuchar.

—Sí, señor, la tenía, pero no de nacimiento, sino fruto de mis manos: por indicación de Layo, yo mismo le perforé los talones a la altura del maléolo con un hierro candente para poder colgarlo de un árbol, como a un cordero, antes de abandonarlo. Si ese hombre vive en algún lugar, aún se lo reconocerá por las cicatrices que adornan a cada lado sus tobillos.

El silencio que inundó la estancia hizo que Edipo agachara la cabeza como en la peor de las derrotas. Yocasta, aún en el suelo, salió de su llanto, se enjugó poco a poco los ojos y miró a su esposo horrorizada, mientras Creonte se dirigía con solemnidad hacia su cuñado, hasta situarse a su espalda. El hijo perdido de Layo cruzó los brazos y se agarró el pecho, como quien se ampara en un escudo, pero no pudo evitarlo: Creonte pasó las manos a la altura de su cintura y, asiendo por detrás la túnica de Edipo, levantó la tela hasta dejarle los tobillos al descubierto. Los ojos de Yocasta quedaron a la altura de las cicatrices. Y la esposa reconoció de inmediato a su hijo.

—¡Tú! ¡Tú! —acertó a articular mientras se ponía en pie y el rey se quebraba en un llanto sordo—. Y yo... ¡y mis hijos! ¡Víctimas de la peor de las desgracias! —dijo encorvándose sobre sí misma como un gato asustado—. Oh, Zeus, ¡míranos!, ¿qué trágica vida nos aguarda?

Negando con la cabeza, la reina corrió desesperada fuera de la habitación, sujetándose con una mano el pecho, donde se cebaba la angustia, y con la otra el vientre, que se agitaba con arcadas como si sintiera dolores de parto. Cubriéndose el rostro, entró en la cámara y se desplomó sobre el lecho que

tantas veces había ocupado con Edipo, intentando ahogar su llanto en las sábanas, en las que no tardó en percibir el olor de su marido. Entonces, aquella cama donde durante años se había fraguado su amor le pareció algo nauseabundo, como si aquellos trozos de tela hubieran sido testigos del más innoble de los pecados que puede darse en una familia.

Aún en la sala de audiencias, Creonte ordenó que liberaran al pastor y lo sacaran de su vista. Ya habría tiempo de encargarse de él, pues ahora urgía atar el último cabo suelto de aquella macabra historia. Y por el bien de Tebas, había que hacerlo cuanto antes. Tras acercar su cara a la de Edipo, quien apenas se había movido del sitio, tomó aire para que la voz no le temblara al hablar.

—Hace años, cuando viniste para derrotar a la esfinge, confesaste que habías matado a alguien por accidente. ¡En tus ojos se intuía que aquello era cierto y, por la tristeza que había en ellos, que había sido hacía poco! —Creonte subió el tono, cada vez más pegado a Edipo, que pudo sentir el calor de su aliento en el oído—. Pero, dolido porque yo también había provocado una muerte sin desearlo, jamás te pregunté ni a quién habías matado ni dónde.

Edipo notó el sudor cayendo por su frente, resbalando por sus mejillas y empapándole la barbilla. Contuvo la respiración una vez más y apretó con fuerza los dientes para evitar derramar las lágrimas que comenzaban a nublarle la vista.

—Fue a un heraldo y a su señor, un noble, según delataban sus ropas. Y fue, ¡como bien intuyes ya!, en la Fócide, en la encrucijada que forman los caminos de Delfos y Daulia.

Creonte lo sujetó por el cuello y, con la mano cerrándose como un cepo sobre la garganta de Edipo, le espetó:

—¡Malnacido, da gracias a que tu confesión acabará con las penurias de Tebas!

El héroe, que en otra época habría derrotado con su fuerza o con su ingenio a cualquiera que hubiera osado retarlo, ni siquiera alzó sus manos para detener a Creonte, quien apretó aún más su puño sobre la piel del rey, que empezó a amoratarse. Pero, para lamento de Edipo, que hubiera querido acabar así, un grito que retumbó entre las columnas del patio impidió culminar la faena.

5

La asunción de la verdad

Cuando Edipo llegó a la cámara de Yocasta, tras sacar fuerzas de donde ya no le quedaban, los guardias ya habían derribado la puerta y el humo inundaba el aire llenándolo de negra espesura. Los apartó de un empujón, retiró a una sirvienta que tosía tapándose la boca con un pañuelo y miró cómo su hija Ismene abrazaba a la joven Antígona, que lloraba en su hombro. Temeroso de confirmar lo que intuía, se deslizó suavemente entre ellas y, esquivando la figura de Creonte, que había llegado poco antes que él y permanecía hierático y cabizbajo en el umbral, dio un paso más hasta entrar en la habitación de Yocasta. Nadie hizo nada por apartarlo y Edipo continuó avanzando, hasta que al fin logró distinguir algo. Allí, en la penumbra, acentuados por el efecto del humo, pequeños rayos de una intensa luz multiplicaban las sombras, que se agitaban como un péndulo de forma consecutiva, a un lado y otro de la estancia. Cuando

Eteocles, que se encontraba al fondo, golpeó con vigor los postigos de las ventanas hasta abrirlas, la niebla corrió a escaparse como un fantasma hacia el exterior. Edipo tosió, escupió y se frotó los ojos. En el centro de la habitación, el lecho donde él y Yocasta habían cometido el pecado de engendrar a sus hijos se encontraba aún humeante, con las sábanas mojadas, y a su lado, tosiendo, Polinices sostenía un ánfora con el rostro desencajado. Edipo bajó la mirada y percibió cómo un torrente negro, mezcla de agua y cenizas, caía desde la cama hasta el suelo. Al unísono, sus dos hijos se dieron la vuelta hacia él, pero sus miradas parecieron atravesarlo, como si fuera un frágil cristal, hasta quedar detenidas en la pared del fondo. Entonces Edipo notó algo que se balanceaba a su espalda. Dudó en volverse, pero finalmente lo hizo, para descubrir con horror que se trataba de su esposa. El rey dio un paso atrás, tropezó y sintió una arcada que le subía desde el vientre. Allí, colgado de una viga, pendía el cuerpo inerte de Yocasta, cuyo rostro tenía los ojos desencajados y la mueca con que los ahorcados se despiden con burla del mundo de los vivos.

Edipo enloqueció. Entre gritos, le arrebató a Polinices la vasija que aún tenía en sus manos y la lanzó al suelo haciéndola estallar en mil añicos, que saltaron por todos lados. Tumbó la cama como si una fuerza infernal se hubiera apoderado de él y se abalanzó sobre Creonte. Sus dos hijos varones intentaron detenerlo, pero él se zafó de Polinices, agarró a Eteocles del cuello y, empujándolo contra su hermano, los expulsó a todos de la habitación. Acto seguido, levantó la enorme puerta de madera y la acercó de manera amenazante contra todos los presentes, hasta hacerlos salir de allí.

—¡Fuera! ¡Fuera todos de aquí! ¡Malditos sean los dioses! ¡Salid de aquí si no queréis que os aguarde el mismo destino que a la reina! ¡Dejadme solo con ella! ¡Fuera he dicho! ¡Fuera!

Tras salir despavoridos, Ismene ayudó a levantarse a su hermano mayor y Antígona secó con un extremo de su peplo el sudor mezclado con hollín del rostro de Polinices. Sintieron cómo su padre colocaba de un golpe la puerta en su sitio y la anclaba con algún mueble, hasta quedarse encerrado.

◇◇◇

No se sabe cuánto tiempo permaneció Edipo intentando calmar su respiración en medio de la cámara mientras miraba balancearse, colgado de un velo, el cuerpo de su esposa y madre. ¡Qué cruel designio de los dioses ponía frente a él aquella imagen, condenada a ser lo último que viera! De pie, expuesto ante el cadáver de a quien tanto había amado, el héroe de los tobillos hinchados repasó toda su vida, que ahora sabía que había estado marcada por el engaño al que había sido sometido desde su nacimiento. ¡Cómo él, elogiado en toda Grecia por su ingenio, no había sido capaz de descubrir el juego de mentiras trazado por los dioses! No solo había matado a su padre, Layo, sino que ahora también había causado la muerte a su madre y había desatado la desgracia para sus hijos, y a la vez hermanos, así como para todo el pueblo de Tebas.

Edipo abrazó las piernas de Yocasta y las detuvo. Se subió a uno de los arcones que antes había volteado y desató el velo de la viga hasta que el cuerpo de la reina se desplomó

como una roca sobre el suelo. Con el rostro compungido, se agachó y tomó en sus brazos el cadáver. No sin dificultad, deshizo el nudo que lo estrangulaba, deslizó las manos sobre la piel lacerada, como si quisiera limpiarla de toda mancha, y sintió que el cuello ya no se sostenía solo. Pasó los dedos por la frente, ya blanquecina, de Yocasta y besó los surcos que, a pesar del inevitable efecto del tiempo, no habían conseguido alejar su belleza. Con manos temblorosas soltó las dos fíbulas de oro que sostenían el vestido en sus hombros, hasta que este se deslizó suavemente. Abrazó entonces el cuerpo, como había hecho tantas noches en los últimos años, y hundió el rostro en su pecho, aún caliente. La amaba. La amaba hasta el punto que habría sido capaz de cambiar su vida por ella. Pero, de repente, aquellas caricias y aquellos sentimientos por los que antes se desvivía se tornaron en repulsión y sintió como si una punzada le atravesara el estómago. Reparó entonces en que el dolor procedía de otro sitio: miró sus propias manos y descubrió que aún sujetaba los dos broches y que, al cerrar con rabia los puños, los alfileres se habían clavado en su piel. Se lamió las heridas como hacen las bestias.

—Esta es la sangre mancillada de toda una estirpe —dijo antes de alzar los ojos al cielo y gritar—: ¡Perversos son los dioses que trazaron este destino! ¡Soy a la vez hijo y esposo! ¡Padre y hermano! ¡Parricida, asesino de reyes y causante de todos los males de Tebas! Dinos, oh, sabio Apolo, por qué fuimos elegidos para una vida que nadie querría ver. Miro el rostro blanquecino de mi madre y la amo. Miro su cuerpo inerte y lo deseo. ¡Mas los dioses no seréis nunca dueños de todas las decisiones de los hombres!

Entonces, tras mirar a Yocasta por última vez, levantó las fíbulas y se las clavó en los ojos hasta que la sangre inundó de oscuridad sus cuencas.

◇◇◇

Ni un solo pájaro se atrevió a graznar al cruzar el cielo de Tebas. Ni el sonido de las trompetas ni el de las liras se oyó desde la otra punta de la ciudad acompañando la salida del séquito. Sin las grandes pompas que anteceden a los discursos reales, Creonte, ataviado con una túnica púrpura, y todos los miembros del consejo se presentaron ante los ciudadanos que aguardaban en la plaza, llegados de todos los rincones y dispuestos a descubrir si los rumores que corrían de boca en boca por las calles de Tebas eran ciertos. Acto seguido, aparecieron Eteocles y Polinices y, unos pasos por detrás, Ismene. El pequeño murmullo que generó la salida de estos se acrecentó pasados unos minutos. Pero no duró mucho.

Cuando apareció Edipo, con el rostro cubierto por ensangrentados vendajes, ciego y vacilante, dando pequeños pasos guiado por Antígona, una ola de silencio inundó el ágora. Sumido en la oscuridad, el rey tropezó hasta clavar la rodilla en el suelo, lo que provocó una gran conmoción entre los tebanos, que, incrédulos, se llevaron la mano al pecho. Su figura, otrora la de un ser imponente, parecía haber menguado y nadie hubiera dicho que aquel hombre que ahora se levantaba a duras penas sosteniéndose del brazo de su hija había sido el héroe capaz de librar a Tebas de la maldición de la esfinge y el monarca que durante décadas había gobernado la ciudad de manera justa y leal. Después



Cuando apareció Edipo guiado por Antígona, una ola de silencio inundó el ágora.

de que Antígona besara la mejilla de su padre y lo dejara en el lugar indicado, Creonte se situó al frente del consejo y tomó la palabra.

—Pueblo de Tebas, ciudad castigada por los designios divinos, sabed que vuestra época de penurias ha terminado, pues hemos hallado al culpable de la muerte de Layo. Y este no es otro que nuestro rey, Edipo.

Un murmullo se apoderó de los súbditos, que volvieron a guardar silencio para oír a Creonte revelar con detalle la verdadera identidad de Edipo, cómo este había asesinado a Layo sin conocer su identidad, para después llegar a Tebas y ganar el trono que ya le correspondía por herencia. Contó, y esta fue la parte más dura, cómo él mismo, cumpliendo la promesa que había dado a quien salvara a la ciudad del monstruo que la asolaba, le había concedido la mano de Yocasta y cómo ella, sin sospechar nunca que yacía con su propio hijo, al que daba por muerto, engendró y parió a sus cuatro descendientes, cuya sangre contaminada por la inmundicia los convertía al mismo tiempo en hijos y hermanos de su padre.

Un nudo en la garganta obligó a Creonte a tragar saliva antes de continuar. Respiró profundamente y, fijando la mirada en algún lugar más allá de la masa que lo escuchaba con atención, intentó que, como corresponde a los grandes nobles, su voz no vacilara.

—Sabed también que la reina Yocasta, mi bien querida hermana que tanta bondad brindó a esta ciudad y a su pueblo, ha decidido morir antes que vivir con la pena, la desgracia y la vergüenza del pecado más atroz.

Los tebanos se agitaron conmovidos y el sonido de sus voces, cada vez más exaltadas, subió hasta hacerse ensorde-

cedor. Entonces, los más ancianos comenzaron a golpear sus bastones contra el suelo; algunos hombres que querían acercarse al culpable de sus infortunios se empujaron y, tras caer, al suelo, provocaron una avalancha de gente que reclamaba a gritos la muerte de Edipo. La guardia real tuvo que intervenir y blandir antorchas y escudos para contener a la masa, que amenazaba con desbordarse de manera incontrolable y llegar hasta el estrado.

—¿Qué será ahora de Tebas? —gritó alguien desde el centro de la multitud.

—¿Qué haremos con el culpable? —preguntó otra voz desde un lugar distinto.

—¡Hay que purificar esta tierra! —sentenció con claridad un anciano.

Creonte alzó las manos tratando de calmar el volumen de las voces e hizo ademán de tomar de nuevo la palabra. Pero alguien se lo impidió. Al lado del trono, la voz de Edipo resonó lúgubre y dolorida, pero logró que todos callaran.

—Pueblo de Tebas, hace años juré devolver el esplendor a esta tierra a la que ya nunca podré ver, así que no seré yo ahora el impedimento de que su prosperidad sea restaurada. Ordené desterrar al culpable de la muerte del que era, sin yo saberlo, mi padre, para con ello acallar la ira de los dioses y poner fin a la maldición. Ese es el castigo que yo mismo me impongo, pero en vosotros deposito la decisión, si así lo consideráis mejor, de darme muerte para purificar esta tierra.

Se produjo tras sus palabras una larga intervención del consejo, con alocuciones que defendían ambas posturas, sin que pareciera llegarse a un acuerdo. Cansados de que sus penurias se alargaran por más tiempo, y conscientes de que

derramar más sangre no sería la mejor solución para restaurar el esplendor de Tebas, muchos tebanos, aún sobrecogidos por la abnegación del que había su rey, comenzaron a proferir exclamaciones de apoyo hacia él, entre las que pronto se impuso una sabia palabra: «¡exilio!».

Creonte esperó a que los gritos fueran solo uno y, tras consultar a los sabios que lo asesoraban, se acercó a Edipo, al que separó de la mano de Antígona, quien dio un pequeño paso hacia atrás. Tomándolo del brazo con firmeza, lo obligó a caminar hacia el centro de la plaza y lo dispuso en el espacio que quedaba delante del trono. Tras asegurarse de que aquel hombre ciego podía sostenerse solo, se dirigió a él proyectando la voz sobre la masa para que todos lo oyeran:

—Créeme, Edipo, resulta más cruel que la muerte el destino que hoy elige para ti tu gente, a la que hasta ahora gobernaste con destreza y lealtad. Siguiendo sus deseos, pues el pueblo es soberano y así lo quiere la mayoría, el consejo ordena que se te perdone la vida, condenándote a una pena aún más dolorosa que la muerte: vivirás desde ahora mismo fuera de Tebas, sin volver a pisar esta tierra, y recordando para siempre, día tras día, el horror de los pecados que cometiste. Tus ojos pronto no se acordarán de este reino, pero tu mente, que siempre fue sagaz y llena de perspicacia, no lo olvidará nunca.

Tras estas palabras, Creonte regresó a su lugar, junto a Eteocles y Polinices, quienes con un gesto serio acataron el veredicto ante la mirada incrédula de su hermana menor, que habría replicado de no haber sido porque la certera mano de Ismene le tapó oportunamente la boca. Mas como Edipo, anclado en su oscuridad, no acertó a moverse

de su sitio, la tensión volvió a apoderarse de los tebanos, hasta que fue rota por un bastón que, arrojado desde la multitud, lo golpeó y lo hizo caer al suelo. A pesar de las labores de los guardias, una cantidad de piedras, ramas y frutos putrefactos recogidos de los árboles y de las calles cercanas, cayeron sobre el infortunado. Desorientado, el que hasta entonces había sido rey pidió ayuda a sus hijos, pero Eteocles y Polinices no se movieron de allí. Solo Antígona, zafándose del brazo de Ismene, que temía por su seguridad, desafió la lluvia de objetos que se cernía sobre su padre y se atrevió a darle la mano. A duras penas logró levantarlo y alejarlo de allí, ante la pasividad de todos los presentes. La joven, incrédula, lanzó una mirada de furia a sus hermanos varones, que volvieron la cabeza, aunque lo que más le dolió fue la indiferencia que, quizá provocada por el miedo, pareció mostrar Ismene.

—No te preocupes, padre, por el alma ingrata que habita en tus hijos, pues yo seré desde ahora los ojos que verán por ti y evitarán que tropieces en el camino, y el bastón sobre el que tu espalda cansada encontrará apoyo.

—Mi dulce Antígona... solo lamento el futuro al que mis funestas acciones te condenan.

—Vamos, padre, pues no hay peor castigo que vivir rodeada de deshonra.

Mientras el consejo decidía que Creonte ocupase el trono de Tebas hasta que su legítimo heredero alcanzara la mayoría de edad, una cuadrilla compuesta por seis soldados condujo en un innoble carro de bueyes a Edipo y Antígona hasta la puerta norte de Tebas. La joven ayudó a su progenitor a bajar del asiento, recogió un pequeño hatillo en el que apenas le había dado tiempo de meter dos mendrugos de pan y, tras

lanzar una mirada furtiva hacia atrás, escupió en el suelo y buscó el brazo de su padre. Así, apoyado en la que sería su fiel ayuda, Edipo sintió que se acababa el empedrado de la calzada y que la ciudad, en la que comenzaban a oírse gritos de júbilo y el sonido de las trompetas, quedaba ya a su espalda. Los guardias lo vieron alejarse camino del Citerón, el lugar donde sus verdaderos padres habían previsto su muerte.

LA PERVIVENCIA DEL MITO

Asesino de su padre y esposo de su madre, el rey Edipo de Tebas es una de las figuras más perturbadoras de la mitología griega. Su trágica existencia revela el carácter inexorable del destino, del que ningún mortal puede escapar por más que lo intente.

En la mitología griega abundan los héroes cuyas vidas han sido decididas desde su nacimiento por los dioses. Aunque lo crean, no son libres, y menos aún aquellos que, sabiendo a través de los oráculos qué fin les espera, intentan variarlo, encontrar su propio camino. El ejemplo más evidente de esa fatídica inexorabilidad lo representa el tebano Edipo, víctima y a la vez involuntario brazo ejecutor de una maldición lanzada por los dioses contra el autor de sus días, Layo. Edipo sabe que su destino es asesinar a su padre y yacer con su madre, razón por la que abandona Corinto, pues quiere evitar todo mal a quienes considera sus progenitores, Pólibo y Peribea. Esa huida, sin embargo, no hará más que lanzarlo fatalmente al cumplimiento de su hado.

Edipo no es un héroe al uso. Su mismo nombre es inusual, extraño, casi ridículo: en griego, *oidípous* significa «pie hinchado», lo que más parece un mote que ilustra una tara física, la causada en sus tobillos por orden de Layo al poco de nacer. En este sentido, es todo

lo contrario a Aquiles, el guerrero por antonomasia, llamado por el poeta Homero (siglo VIII a. C.) «el de los pies ligeros»... Debido a ese defecto, Edipo no es un luchador, y eso se aprecia incluso en sus escasas «gestas», por llamarlas de algún modo: por un lado, la muerte de la esfinge, que sucumbe no por la acción de las armas, sino por la de las palabras que conforman la respuesta al enigma; por otro, el asesinato de Layo, una vulgar y polvorienta trifulca de carretera con resultado fatal para uno de los contendientes, un sujeto anónimo que no provoca remordimiento alguno en el homicida. Lo que hace auténticamente grande a Edipo, por tanto, no son ni sus hechos de armas ni sus aventuras, sino algo tan universal como el ansia imperiosa por buscar la verdad, la conciencia de la fragilidad de todo lo humano y, por supuesto, la inexorabilidad del destino, temas que, todos ellos, conforman la materia del género trágico y que, tratados por la mano maestra del ateniense Sófocles (496-406 a. C.), convierten al personaje en el héroe trágico por excelencia.

LA TRAGEDIA PERFECTA

Habiéndose perdido los poemas épicos que formaban el llamado «ciclo tebano» (*Edipodia*, sobre la vida de Edipo; *Tebaida*, sobre la guerra entre sus hijos, y *Epígonos*, sobre la toma y destrucción de Tebas, todos ellos compuestos entre los siglos VIII y VII a. C.), la versión que se ha impuesto del mito de Edipo es la fijada por Sófocles en sus tragedias *Edipo rey*, *Edipo en Colono* y *Antígona*, que, respectivamente, narran la caída del rey, su muerte en el exilio y las consecuencias del enfrentamiento fratricida de sus hijos. Ello no impide que haya variantes de peso, pues todo mito, aunque solo sea por el carácter oral de su transmisión, nunca se da de una única manera.



Así, ni la *Ilíada* ni la *Odisea* de Homero, en las que se encuentran las primeras referencias escritas que aluden a Edipo, hablan de exilio alguno del rey tras el descubrimiento de su doble condición de parricida e incestuoso, sino que señalan que siguió reinando hasta su muerte. Es más, algunas versiones, como la apuntada por el geógrafo Pausanias (110-180 d. C.) en su *Descripción de Grecia*, apuntan que los cuatro hijos fruto de la unión con su madre Yocasta fueron en realidad concebidos tras el suicidio de esta por una segunda esposa, Euriganea... En todo caso, se trata de variantes que en nada afectan a la esencia profunda del mito que Sófocles inmortalizó: el parricidio y el incesto.

De las tres obras sofocleas, escritas en diversas etapas de la vida del autor y sin ánimo de formar una trilogía, *Edipo rey* ha sido considerada la «tragedia perfecta» ya desde el filósofo Aristóteles (384-322 a. C.). Por un lado, porque en ella se dan todos los elementos propios del esquema trágico: el error, el reconocimiento y el cambio de fortuna, de tal forma que la catástrofe que se cierne sobre el protagonista produce espanto y compasión sobre el auditorio. Por otro, por la grandeza trágica de Edipo, alguien que, en contra de la opinión de todos, incluida Yocasta, toma una decisión y la mantiene hasta el final, aunque ello le acarree su desgracia. Esa decisión no es otra que la de investigar, primero el asesinato del anterior rey tebano, Layo («voy a luchar por él cual si mi padre fuera», hace exclamar Sófocles a su personaje en un verso cargado de cruel ironía), y a continuación su propia identidad.

En cierto modo, *Edipo rey* puede considerarse la primera historia detectivesca, solo que aquí el investigador que ha de descubrir el crimen acaba descubriendo que él es el asesino. Por ello, ha de aplicarse el castigo que ha dictado como rey y juez, el exilio, que él completa con el acto de arrancarse los ojos, no tanto por haber

Todos somos Edipo

A principios del siglo xx, la tragedia de Edipo sirvió al padre del psicoanálisis, el médico austríaco Sigmund Freud (1856-1939), para dar nombre a un tipo de complejo que ha resultado tener un gran recorrido no solo en psiquiatría, sino también en literatura y arte. La intuición del mismo le vino dada por la lectura de un pasaje del *Edipo rey* de Sófocles, aquel en el que Yocasta dice: «No te asusten tampoco las nupcias con tu madre; son muchos los mortales que en sueños han dormido con las suyas». Para Freud, ahí se halla la clave de que esta historia siga conmoviendo siglos después de haber sido escrita: es la prueba de que todos, espectadores y lectores, han sido alguna vez una figura edípica. Una idea esta que desarrolló en su obra *La interpretación de los sueños*: «Quizá nos estaba reservado a todos dirigir hacia nuestra madre nuestro primer impulso sexual y hacia nuestro padre el primer sentimiento de odio y el primer deseo destructor. Nuestros sueños testimonian de ello. El rey Edipo, que ha matado a su padre y ha tomado a su madre en matrimonio, no es sino la realización de nuestros deseos infantiles». Según Freud, estos deseos son un elemento determinante en la configuración de la personalidad. Si el hombre y la mujer «normales» son aquellos que han aprendido a vencer el complejo de Edipo, el neurótico es quien ha quedado prendido a él. Todos, por tanto, en algún momento de nuestra vida somos Edipo. Todos excepto el propio Edipo, quien, si bien es cierto que cometió parricidio e incesto, lo hizo sin saber el parentesco que lo unía a sus víctimas.

matado a Layo como por el terrible descubrimiento de que la víctima era su padre y Yocasta, su madre. Edipo comprende así que ha vivido ciego, que es alguien del que creía ser, por lo que, en el momento en que ve la luz, en que conoce la verdad, su reacción es privarse para siempre de la vista. Era ciego cuando veía, y ahora que la luz se ha apagado de sus ojos, ve. En otras palabras, el célebre aforismo inscrito en el santuario de Apolo en Delfos, «conócete a ti mismo», se hace realidad en él.



En las representaciones clásicas griegas, como este kílix ático de figuras rojas de hacia el 470 a.C. (Museos Vaticanos de Roma), Edipo aparece con sombrero, ropa, calzado y bastón de caminante conversando tranquilamente con una esfinge que, ni por su tamaño ni actitud, parece ser el monstruo que asola Tebas.

EL DRAMA MÁS ALLÁ DE SÓFOCLES

Como se ha visto, el mito de Edipo ha quedado para siempre ligado al *Edipo rey* de Sófocles. No obstante, al final de su vida, el trágico volvió sobre esa figura en *Edipo en Colono*, esta vez para mostrar al monarca tebano en una especie de apoteosis final. Ciego y pobre, el rey llega a las proximidades de Atenas para morir reconciliado

con su destino y con los dioses, quienes, después de haber urdido su desgracia, lo llaman a su lado en unos versos que sorprenden por su familiaridad: «¡Vamos, Edipo, vamos! ¿Por qué tanta demora? Hace ya mucho tiempo que te estás retrasando».

Aunque Sófocles es la inevitable fuente de inspiración para la tragedia *Edipo* del filósofo y dramaturgo latino Lucio Anneo Séneca (4 a.C.-65 d.C.), la aproximación al mito no podía ser más diferente, sobre todo por dos elementos muy del gusto romano que acaban impregnando toda la obra: por un lado, el relieve que adquieren las escenas de adivinación y nigromancia con las que Tiresias indaga la razón de la peste que asola Tebas; por otro, la desmedida afición por lo truculento y lo tremendista, que se aprecia en la escena de la muerte de Yocasta, o el insoportable detallismo con que se describe cómo Edipo se arranca los ojos. Resulta diferente también el retrato del rey: si en Sófocles este no pierde nunca su dignidad, ni siquiera después de su caída, en Séneca es un ser irascible y atormentado por los sentimientos de culpa: «Yo, la afrenta del género humano, el odio de los dioses, la ruina de las sagradas leyes, ando suelto; yo, que el día en que respiré torpemente por primera vez ya era digno de muerte», exclama cuando descubre su crimen.

En la Edad Media, el *Romance de Tebas* —una novela francesa en verso escrita hacia mediados del siglo XII por un clérigo anónimo— trató la historia de una forma absolutamente libérrima, acumulando anacronismos y detalles cuando menos chocantes, como que Apolo es un demonio que vive en una cueva, además de incluir alguna que otra escena truculenta, como que Eteocles y Polinices busquen los ojos que se ha arrancado su padre para pisotearlos con felona satisfacción... La esencia del mito, sin embargo, se mantiene: Edipo mata a su padre y se casa con su madre.

A partir del Barroco, Sófocles volvió a ser la fuente de inspiración para poetas y dramaturgos, pero, según el gusto de la época, con añadidos de diversos episodios, especialmente de intrigas amorosas que lo único que hacen es diluir la fuerza trágica del original. Es el caso de los *Edipo* debidos a los franceses Pierre Corneille (1606-1684) y Voltaire (1694-1778). Este último, no obstante, reconocía que el gran error de todos los dramas inspirados en la tragedia sofoclea, incluido el suyo, había sido alejarse de la «sencillez *griega*» y complicar la intriga con «socorros extraños, de donde proviene que los recargamos de episodios, hasta el punto de ahogarlos».

A LA LUZ DEL PSICOANÁLISIS

Ya en el siglo XX, la aproximación a Edipo fue inseparable de las teorías psicoanalíticas de Freud. Austríaco como este, el poeta y dramaturgo Hugo von Hofmannsthal (1874-1929) creó un *Edipo y la esfinge* que debía ser el primer panel de una trilogía completada por sus propias versiones del *Edipo rey* y *Edipo en Colono*. El perfil psicológico de los personajes cobra una especial relevancia en este drama, empezando por un Edipo enajenado a causa de un oráculo que coincide con un secreto miedo que lo acompaña desde siempre sin haber sido nunca capaz de expresarlo: «Me pasa como si supiera cosas cuyos nombres pueden helar la sangre». Su encuentro con la esfinge, que se precipita al vacío nada más reconocerlo y saludarlo de forma enigmática («¡Salve a ti, Edipo! A ti, que sueñas sueños profundos.»), y muy especialmente la escena con Yocasta, de un marcado carácter erótico y sensual, son los pasajes culminantes de esta pieza.

Aunque en clave surrealista e irónica, la huella de Freud también está presente en *La máquina infernal* del francés Jean Cocteau

(1889-1963). El título ya lo dice todo: la tragedia de Edipo no es más que un artificio despiadado y mecánico, una trampa «armada para la aniquilación matemática de un mortal» reducido a la condición de marioneta, de juguete. Y todo para solaz de unos dioses aburridos hasta la perversidad.

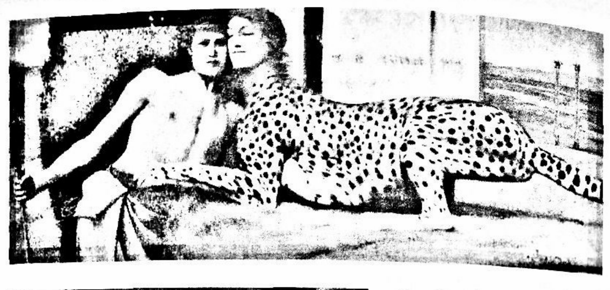
Por su tono de farsa grotesca, en el ámbito de la narrativa destaca *La muerte de la pitia*, del suizo Friedrich Dürrenmatt (1921-1990). El mito y su interpretación sofoclea son puestos patas arriba, pues Edipo conoce (o cree conocer) quién es su padre y quién su madre, y no duda por ello en matar al primero y acostarse con la segunda, impulsado por el odio que siente hacia los dioses y hacia sus propios progenitores. Sin embargo, al final resulta que ni el depravado Layo es padre de Edipo (lo es un palafrenero de la corte, Polifontes, al que también mata), ni la desvergonzada Yocasta, su madre (lo es la esfinge, hija a su vez de Layo).

FASCINACIÓN POR LA ESFINGE

En el arte griego antiguo, el motivo más común es el que representa a Edipo con hábito de caminante interrogando a la esfinge, esta erguida sobre una columna de estilo jónico. Un *lekythos* (recipiente para aceite) de figuras negras procedente de Tebas y de hacia el año 500 a.C. (Museo del Louvre de París) y el tondo de un kílix (especie de copa con forma de cáliz para beber vino) de figuras rojas de hacia el año 470 a.C. (Museos Vaticanos de Roma) son algunas de las piezas que recrean esa escena. Esta forma de representar a la criatura es la habitual también en escultura ya desde época arcaica. Uno de los ejemplos más representativos por su calidad es la esfinge de Naxos, del siglo VI a.C., esculpida por los habitantes de

esa isla para el santuario de Apolo en Delfos. La esfinge, no obstante, también cuenta con numerosas representaciones al margen del mito edípico. Así, en un *lekythos* de figuras rojas datado hacia el año 420 a.C. (Museo Arqueológico Nacional de Atenas) se la ve abandonando ese pedestal para atrapar a un joven y llevárselo por los aires.

Sin apenas representaciones de interés en la Edad Media, el Renacimiento o el Barroco, posiblemente a causa de lo escabroso del mito para una mentalidad cristiana, Edipo resurgió con fuerza a partir del Romanticismo, cuando se convirtió en símbolo del hombre que lucha y fracasa contra su destino. De entonces data la pintura *Edipo y la esfinge*, del francés Jean-Auguste-Dominique Ingres (1780-1867), que plasma justo el momento en que el joven se apresta a resolver el enigma. Aunque la factura es neoclásica, la ambientación en una caverna o el interés por acrecentar el misterio del monstruo con su rostro semioculto en la penumbra muestran ya una sensibilidad plenamente romántica. No obstante, los pintores que mejor supieron captar los aspectos más turbios e inquietantes del mito fueron los simbolistas, especialmente el francés Gustave Moreau (1826-1898) con *La esfinge victoriosa* (colección privada), en la que el monstruo se yergue sobre los cuerpos sin vida de sus víctimas, y *Edipo y la esfinge* (Metropolitan Museum of Art de Nueva York), en la que sorprende su carga sensual, con la criatura encaramada al cuerpo de Edipo como si, más que plantearle un enigma, quisiera tentarlo, seducirlo. Esta misma senda es la que siguieron pintores como el alemán Franz von Stuck (1863-1928) en *El beso de la esfinge* y *La esfinge*, esta última un desnudo de mujer pero en la pose habitual del monstruo, y el belga Fernand Khnopff (1858-1921), quien en *Las caricias* (Museos Reales de Bellas Artes de Bruselas) se autorretrató como Edipo y dio a la esfinge el rostro de su hermana.





Para los pintores simbolistas, el personaje de la esfinge encarna un mal que toma la forma de una feminidad que no es la de la madre, sino una de intenso atractivo sexual, perversa y destructora. Arriba, la obra de Las caricias *(Museos Reales de Bellas Artes de Bruselas) de Fernand Khnopff, que retrata a unos andróginos Edipo y esfinge (esta con alargado cuerpo de guepardo) en extraña intimidad. A la izquierda, la tela de Gustave Moreau:* Edipo y la esfinge *(Metropolitan Museum of Art de Nueva York).*

UN MITO INTEMPORAL Y UNIVERSAL

Quizás por tratar temas tan incómodos como el parricidio y el incesto, Edipo apenas despertó el interés de los compositores hasta el siglo XX. En 1927, y en París, el ruso Ígor Stravinski (1882-1971) dio a conocer su ópera-oratorio *Edipo rey*, cuyo libreto es una adaptación de la tragedia sofoclea, mas con texto en latín, una lengua que el compositor consideraba «tan monumental como para ser inmune a todo riesgo de vulgarización». El estatismo de la acción dramática, el relieve dado al coro, la factura clásica de las arias, la concisión de la paleta orquestal o esa regularidad rítmica que parece sugerir la inexorabilidad del destino del protagonista hacen que el calificativo «monumental» sea el que mejor define esta obra. El tono intemporal, grandioso y deliberadamente distanciado de la partitura de Stravinski se vuelve emoción en el *Edipo* del rumano George Enescu (1881-1955). Compuesta entre 1910 y 1931, y estrenada en 1936 en París, esta obra es una de las cimas del teatro lírico de todos los tiempos. La música, suntuosa, refinada, pero también audaz en escenas como la de la esfinge, logra que el milenario mito griego reviva en toda su aterradora humanidad.

En la gran pantalla, en la década de 1960 el italiano Pier Paolo Pasolini (1922-1975) rodó un *Edipo rey* (1967) muy original que desdeña toda ambientación histórica en beneficio del valor primigenio y simbólico del drama. De hecho, la película no solo transcurre en un pasado mítico, sino también en la Bolonia moderna, en la que este Edipo nace y a la que va a parar una vez es desterrado de Tebas representando así la intemporalidad del mito.

Índice